AÑO IV — BUENOS AIRES, 13 DE ABRIL DE 1925 — N.o 169

LA PROTESTA

PORTE PAGO — SUPLEMENTO SEMANAL — PRECIO: 10 cts.

U. Telefónica 0.478 — B. Orden — Redacción y Administ.: PERU 1537 — Valores y giros a M. Torrente

GLOSARIO

Brindis, guerra y desarme.—

Mr. Raymond Fosdick, tesorero de la Fundación Rockefeller, al espectorar un brindis en el Rotary Gansos Club de Nueva York, hizo un vaticinio. Con la alegría báquica producida por el champán anunció otra conflagración mundial, quizás más atroz que la otra, la que causaría el derrumbe fragoroso de la civilización moderna. Remató la profecía con un concepto ni profundo ni novedoso que también pudo ocurrírsele a Adan, al arrojársele del paraíso:

"No existen las llamadas civilizaciones permanentes. El mismo cortejo fúnebre que acompañara la momia de Tutankhamón espera en la puerta los restos de nuestra civilización".

Bien. Dejemos al faraón momificado apenas muerto, y escúchese: "Francia se halla en completa oposición a la conferencia que propiciara Mr. Coolidge, y no concurrirá, a menos..." Ese preámbulo de las seráficas intenciones del gobierno francés, fué entregado hace poco a Kellog por el embajador de Francia, M. Daeschener.

Léase ahora estotro: "Referente a la política norteamericana sobre el contralor del tráfico de armas, los secretarios de Estado Weeks, Wilbur, Hoover y Kellog se pusieron de acuerdo en las instrucciones que se les impartiría a los delegados de Estados Unidos, cuya partida hacia Ginebra habíase fijado para el 15 del mes en curso".

Sigamos en esta otra noticia cuasi atingente al mismo asunto: "El general Nollet, ministro de guerra, presentará a la cámara de diputados tres proyectos, destinados a reformar la organización militar de Francia". En todos ellos, ¿qué se propone? Primero, aprovechar la enseñanza de la pasada contienda. Luego, lo principal para este soldadote es que la movilización debe ser completa, "no solamente desde el punto de vista militar, sino también del industrial y económico". Lo que, simplemente, significa una nación militarizada, esclavizada y embrutecida con una educación cuartelera, obligada a marcar el paso como antes se hiciera en Alemania y se continúa haciendo.

Resumamos. ¿Qué se puede deducir de esta charada o geroglífico noticioso? Nada más, ni nada menos, que poseía la razón aquel loco lúcido que gritaba que el caos no se refugiaba únicamente en los manicomios y mucho más se hallaba entre los que tenían como camisa de fuerza la razón de la sinrazón, habiendo elevado el caos y la masacre a una teoría científica. Y eran más peligrosos porque andaban en libertad e infinitamente peor porque mandaban, sugestionando a una inmensa masa amorfa que vegeta, pace y se resigna en su suerte de carne de cañón y de taller.

Erudición de Primo de Rivera.—

El tiranuelo de casino, y pesadilla de los españoles, no se cansa de proferir tonterías a diestra y siniestra. El "héroe" de Marruecos es una ametralladora de disparates pintorescos; una verdadera floración espontánea que no se necesita regarla ni cultivarla. En trance de erudición también calza sus puntos. En un banquete ofrecido por la oficialidad de no sabemos qué cuerpo, citó a Galdós. Lo hizo taurófilo. Todo lo que escogió de la exuberante flora galdosiana fué un personaje perdido entre la multitud de personajes que supo crear ese Goliat del ingenio español. Y también eligió la más banal, la más insignificante frase de esa figura, que habría dicho, según el dictador, que los "españoles no sabían rematar la suerte".

Hay gente que todo lo empequeñece, lo hace vulgar y detestable. Y ese Primo tiene el don innato de que por sus palabras el genio más pintiparado resulta un tonto de remate. Cada uno crea a su imagen y semejanza.

Panamericanismo yanqui.—

En tono elegíaco y con acento quejumbroso, el *Herald and Tribune* de Nueva York canta la palinodia. En ocasión del ocioso, inútil e inofensivo congreso de la obra cristiana, celebrado actualmente en Montevideo, afirma que la doctrina de Monroe creó el panamericanismo, "al cual deben los dos continentes su tranquilidad y tradiciones familiares".

Y los beneficios efectivos del panamericanismo los experimentan todos los Estados adyacentes al coloso predatorio. El *cant* inglés, la gazmoña hipocresía británica, se convierte en burda artimaña practicada por la diplomacia del "uncle Sam". Es la adulonería del zorro para que el cuervo abra el pico y deje caer el queso. Felizmente es una fábula archiconocida.

Desmentido cablegráfico.—

Comienza así: "Carece en absoluto de fundamento la versión de que el general Bencivenga, diputado al parlamento y presidente de la Asociación de la Prensa, haya sido abofeteado por un oficial". El general Bencivenga, en cambio, resultó herido de un garrotazo"...

El cable desea poner las cosas en su lugar, pero esto es casi del mismo tenor de aquello de "era de noche y sin embargo llovía". Cuando los corresponsales ponen los puntos sobre las íes, siempre incurren en alguna perogrullada. Por otra parte, estuvo bien dado ese garrotazo. Entre la bofetada y lo otro, puede ser que el general prefiriese la primera.

Indultos diplomáticos.—

El directorio, en una reunión que celebrara, acordó incluir entre los indultos que se harán el viernes "santo", a todos los condenados a muerte existentes en la actualidad.

Cuando se gestionó la gracia para los ejecutados de Vera, el dictadorzuelo declaraba que el acceder sería muestra de debilidad. Y por este alarde de "hombría" por parte de un muñeco galoneado, a quien se le subió el sexo a la cabeza, se asesinó unos seres inocentes. Ahora, con este gesto a deshora, se quiere borrar de la conciencia española la memoria de ese crimen monstruoso. Quizás sea un poco tarde, como lo era para Macbeth al intentar quitarse las manchas de sangre.

Gloria póstuma.—

Los genios son devorados en vida, y en la muerte pasto de todos los buitres literarios. Finalmente se les glorifica, después que sus cenizas fueron aventadas a los cuatro vientos. Una compañía Rosembach de Filadelfia, pagó 1750 libras esterlinas la edición Kilmarnock de los poemas de Roberto Burns, a quien la edición completa no le produjo más que 20 libras esterlinas. Por suerte el poeta y pastor escocés fué muy feliz en su modestia y en su pobreza. Degas, el pintor, al presenciar la venta de un cuadro de que se deshiciera por 200 francos, y adquirido luego en 200.000, dijo que experimentaba la misma sensación de un caballo que ganara el gran premio.

No hablemos de la ingratitud humana, porque no es tal. El genio es un producto tan natural como el vitriolo o el cristal de roca.

Archiduque y obrero.—

El archiduque Leopoldo fué llevado ante los tribunales por haber arrollado a un hombre con su motocicleta. Por toda disculpa dijo: "Soy un obrero pobre y tengo que mantener mi mujer y dos hijos".

Esto es lo mismo que un chauffeur de aquí, en igual trance, protestó, diciendo que era un hombre honrado.

Ni la honradez ni la pobreza se hallaban en cuestión. Así que, en ciertas ocasiones, el nivel mental de un archiduque y el de un menestral es idéntico.

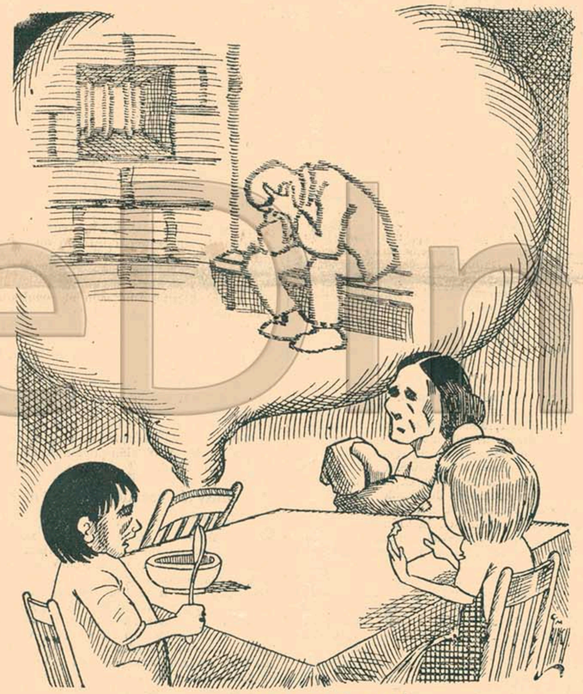
Reivindicación de Ganivet.—

Revistas y periódicos españoles están haciendo mucha alharaca alrededor de la memoria del autor de "Granada la Bella". Se agitan los vasos vacíos alrededor de uno que estuvo rebosante de piedad, de amor y de una admiración incontenida por todo lo que dignifica y embellece la vida y la criatura humana. Hermano espiritual de Rafael Barrett en la felinidad, la fulgidez y el esplendor de su prosa, se consumieron los dos por la lumbre genial que ardía en ellos.

El único homenaje en consonancia con sus vidas de alquitarada excelsitud, sería la edición cuantiosa y repetida de sus obras. De Ganivet, hasta ahora circulan los ejemplares de una reducida edición que se hizo en Granada.

Y esto contrasta desaforadamente con el desborde tropical de una gratitud restriada, ejercida por los turiferarios del momento.

La silla del ausente



—¿CUANDO VIENE PAPÁ?

El encono de dos pueblos

El pleito del Pacífico en vez de apaciguarse al mediar la graciosa oficiosidad de Coolidge, se encona a medida que las incidencias enojosas se multiplican. El laudo arbitral no ha sido y ni pudo ser una solución adecuada y definitiva. Torneo de vanidades, ambiciones y rapacidad, nació tarado y defectuoso. El desinterés simulado por la cancillería de la Casa Blanca, es solamente la fachada para esconder una solemne mentira y una flagrante falsía. La contradicción que existe entre el proceder pacifista al sur, mientras que en el centro y sus adyacencias desencadénase el más feroz imperialismo, es una prueba en abono de nuestra tesis.

No se quiso dejar tiempo al tiempo, gran médico que pansa las heridas y las sumerje en el bálsamo del olvido, y todos los rencores acallados volvieron a gritar por cien y cien mil bocas. El único puente que podía unir a los dos contrincantes es dejarlos descontentos a los dos. Ser equitativo y leal, poseyendo además, el profundo conocimiento del ambiente, del idioma, de las costumbres y desdeñar la letra para comprender el espíritu, estaba tan lejos de la justicia yanqui como de aquí a la luna. Un diplomático suramericano quizás encontró la única fórmula satisfactoria. Según él la verdadera solución estriba en un fallo que perjudique por igual a ambas partes. Pero esos juicios salomónicos, no abundan en la magistratura, en el foro y en el turbio ambiente judicial que es un revuelo de aves negras, prontas a despedazar la res caída. Los ejemplos escandalosos no faltan. No perderemos el tiempo en citarlos por lo muy sabidos.

Siendo apolíticos como somos, importándonos un ardite de los patriotas y de

todas las patrias del mundo, podemos decir sin empacho que nuestro sentido común, o llámesele ache, nos ha sugerido una animadversión violenta contra ese laudo arbitral que agravaría la cuestión exacerbando los sentimientos chauvinistas de peruanos y chilenos. En un día, no muy lejano por cierto, el Perú se hubiese resignado buenamente a perder definitivamente las dos provincias cautivas, y los dos países, en otro día tampoco muy alejado, se habrían amigado.

Sabemos, por otra parte, que la iniciativa partió de los litigantes, y no fué Norteamérica la que buscó ser la mediadora, aunque existen sospechas vehementes que la diplomacia de la Casa Blanca preparó los ánimos a fin de ser la elegida como el único remedio para curar la vieja llaga.

Hallándose en la impotencia los peruanos, desarmados, sumidos en el peor pauperismo por una tiranía que los esquilma y acogota, nunca hubiesen pensado recuperar Tacna y Arica y aceptarían de buen talante el hecho consumado. En una palabra: en lo que deseamos terminar, es que el encono de este pleito, le hace el juego al tiranuelo Leguía que así tiene cancha libre para cometer las más grandes injusticias, despojos y crímenes, con el pretexto de que la patria se halla en peligro, al mismo tiempo que apuntala el régimen autoritario del innocuo Alessandri.

Ya dijimos otras veces que la tierra y los territorios son de quienes los trabajan y cultivan. A Chile le hace mucha más falta que al Perú, el que posee inmensas extensiones de tierras feraces y con una riqueza en los subsuelos, que si las extrajeran con el trabajo de sus habitantes, sería la nación más floreciente y próspera de este continente. Otra cosa: la generación peruana, que actúa en todas las esferas, en las universidades, oficinas y talleres, no es muy propensa ni adicta a las empresas bélicas.

Creemos con mucho acierto que Leguía y sus secuaces, así como la muchedumbre de parásitos que mantiene y paga, son los únicos interesados en la aparatosa querella de los dos pueblos.

Los demás son los eternos comparsas que siguen a Ticio, como a Cayo.

CAMARADA : Lea el SUPLEMENTO que aparecerá el 1.° de mayo— 16 páginas de texto profusamente ilustradas, diez centavos.—

RUDOLF ROCKER

LA LUCHA POR EL PAN COTIDIANO

(Versión española del folleto "Der Kampf ums tägliche Brot", recientemente aparecido en Berlín, Verlag "Der Syndikalist")

La revolución social.—

Las revoluciones ocurren raramente en una fecha dada. En los períodos de descomposición social se comprende la necesidad de una transformación fundamental que debe resultar consecuentemente de toda la evolución de las contradicciones sociales, pero el momento del derrumbamiento permanece extremamente indeterminado. Así sucede que en las fases que preceden directamente al estallido de los sucesos revolucionarios, se precipitan las cosas ordinariamente de tal manera que los revolucionarios mismos son sorprendidos por los acontecimientos y por lo general no están preparados para nada. Esa es también la causa de que toda revolución, en la primer fase de su desenvolvimiento avance tan lenta y con tantos titubeos y desmenuce sus fuerzas con frecuencia en inútiles pequeñeces, en lugar de quitar decididamente de enmedio los más importantes obstáculos para su triunfo definitivo y abrir el camino a la iniciativa creadora de las nuevas ideas.

En las masas rebeldes se desarrolla paulatinamente la conciencia de la fuerza que poseen y las impulsa a demandas más radicales y a acciones más atrevidas. Si la revolución adquirió una magnitud tal que puede superar sus primeros ensayos titubeantes y entrar en la vía de las modificaciones decisivas de la vida social, entónces sus conquistas serán sin duda mayores y llevarán a los hombres un trecho más grande hacia adelante que cuando esos primeros ensayos son obstaculizados al principio y con ello es impedida la evolución ulterior de los instintos creadores del pueblo. Pero una revolución social, que significa algo más que un golpe de Estado ordinario con medios revolucionarios, y que no puede satisfacerse con un simple cambio del escudo político partidista, necesita las posibilidades para un desenvolvimiento de sus fuerzas creadoras, pues sus ejecutores tienen como finalidad, ante los ojos, desde el comienzo, una transformación fundamental de todas las instituciones sociales, una renovación de todas las formas de la vida social.

Es por tanto profundamente falso y un error funesto el ver en la revolución simplemente el derrumbamiento violento de las viejas formas de la sociedad y el tomar en consideración exclusivamente la parte destructiva de su acción. El carácter destructor de una revolución es sólo uno de sus fenómenos inevitables, pero no agota de ninguna manera su más íntima naturaleza. Pues no sólo está la significación verdadera de la revolución en lo que destruye, sino mucho más en lo que construye y desarrolla. En última instancia se juzgará después el valor social e histórico de una revolución por sus tendencias creadoras y por sus conquistas.

Una revolución es, por consiguiente, mucho más y algo totalmente diverso de una revuelta ordinaria, aunque también ésta puede ser inspirada por ideas revolucionarias. Una revolución es el desencadenamiento de todos los elementos y de las fuerzas activas, hasta entonces en el seno de la vieja sociedad, que aspiran a un nuevo órden de la vida social y que luego, llegado el momento de la madurez, hacen saltar las viejas formas para crear una nueva vida de acuerdo a sus necesidades, lo mismo que el niño que en el último mes de la preñez rompe la envoltura para comenzar una existencia independiente. Y otra de las características de la revolución consiste en que esa renovación de las condiciones de la vida social no es dictada desde arriba, sino que surge de la acción directa e inmediata de las grandes masas populares.

Pero ese rejuvenecimiento de la vida social por la revolución, sólo es posible por la actividad ininterrumpida de las fuerzas revolucionarias en el seno de la vieja sociedad, por su agrupación interna y la naturaleza más o menos sistemática de su manera de obrar. Gracias a la propaganda incansable dentro de la vieja sociedad, gracias a la crítica disolvente de las viejas formas de la vida y al desenvolvimiento de nuevas apreciaciones morales, el revolucionario consigue poco a poco, crear una nueva atmósfera espiritual cuya constante difusión debilitará sin cesar el prestigio de las viejas instituciones y de sus defensores, hasta que finalmente caerán en ruinas. Vastas capas de las masas oprimidas comprenden gradualmente la necesidad de una modificación profunda de las condiciones de la vida social y conciben instintivamente la posibilidad de nuevas formas sociales en correspondencia con los intereses de la comunidad. Y esa concepción, primeramente instintiva, de nuevas posibilidades de vida, se desarrolla en muchos más y más al grado de una perfecta conciencia.

Sin esa educación revolucionaria de las masas, no sería posible, en general, una verdadera revolución; constituye la condición previa, sin duda, de la posibilidad de una revolución. Pero la propaganda revolucionaria recibe su significación propia y decisiva tan sólo cuando encuentra su expresión en las luchas cotidianas por la existencia y se transforma, por decirlo así, en acción práctica. En las luchas ininterrumpidas por las necesidades cotidianas de la vida material se fortifican las energías de las masas, se desarrolla su conciencia, su iniciativa, su sentimiento de la solidaridad social. Las luchas por mejoramientos económicos y sociales o por mayores derechos políticos y más amplias libertades son, por decirlo así, las avanzadas de la revolución. Despiertan en las masas los instintos de la resistencia y hacen nacer el sentimiento de su dignidad humana. Cuanto más fuertes sean esos sentimientos en las masas, cuanto más llenos estén sus cerebros de las ideas de una nueva vida social, tanto más rápidamente nos acercaremos a la próxima revolución; tanto más posibilidades nos quedan para la liberación definitiva de las masas. Por esta razón no debemos menospreciar la gran importancia de la educación revolucionaria de las masas y en especial la significación de las luchas cotidianas en la vida económica y política de la sociedad, si queremos preparar el camino a la revolución y a un futuro mejor.

La revolución alemana de 1918.—

Cuando interpretamos en ese sentido la revolución y aplicamos esa medida a los acontecimientos de noviembre de 1918, no podemos menos de llegar a la convicción de que aquellos sucesos han tenido cordialmente muy poco que ver con una verdadera revolución. La revolución alemana de noviembre no fué la explosión elemental de un pueblo indignado que se acerca con firme decisión a un cambio básico de sus condiciones de vida; fué más bien el derrumbamiento insalvable de un sistema que se había descompuesto completamente en la guerra y luego, bajo las armas victoriosas de sus adversarios militares, fué forzado a odiar. No fué la voluntad de un pueblo despierto, sino la imposición de los gobiernos aliados, la que produjo la decadencia del régimen imperial. En ese hecho está propiamente toda la tragedia de la revolución alemana.

En realidad ¡qué se podía esperar de una revolución cuando el órgano central de la social-democracia que hasta entonces tenía el mayor influjo en las masas laboriosas de Alemania, creyó de su deber decir a sus lectores la víspera de los acontecimientos revolucionarios de noviembre que el pueblo alemán no estaba maduro para una república! Ciertamente hubo un número de revolucionarios decididos entre el proletariado alemán, pero su número fué tan insignificante que no pudo cambiar nada la situación de las cosas.

La revolución alemana no fué un resultado de un impulso interno que germinó e hirvió largos años en el pueblo, hasta que por fin hizo quebrantar las viejas formas y se abrió el camino a una vida independiente. Fué sólo el resultado final de una guerra perdida, la última tabla de salvación que podía llevar de la vieja magnificencia derruida a la paz. Le faltó el impulso interno, la iniciativa viviente, el ímpetu creador que hacen de un movimiento una revolución. Apenas hubo otra revolución que fuese tan espantosamente pobre en pensamientos creadores y que se bastase casi exclusivamente con malas copias de viejos modelos como la revolución alemana de noviembre de 1918.

La educación socialdemócrata de las masas.—

Ciertamente antes de la guerra no hubo un movimiento obrero socialista que fuese tan desesperadamente dogmático en todas sus bases teóricas y que apelara tan poco a la iniciativa creadora de las masas en su actividad práctica, como el alemán. Toda la socialdemocracia alemana no fué apenas otra cosa que una gigantesca máquina electoral, cuya actividad se agotaba casi por completo en la preparación y realización de las diversas campañas electorales. Por tanto no pudo menos de suceder que las grandes masas del proletariado alemán que seguían a la socialdemocracia, no se preocuparan nunca del *cómo* de una transformación social, esperándolo todo de arriba. En ningún otro país se desarrolló tan fuertemente como en Alemania la creencia de las masas en los jefes. Los sindicatos, que fueron influenciados completamente en su desenvolvimiento por la ideología socialdemócrata, se cegaron en el más superficial reformismo y formaron además simples órganos intermediarios entre el capital y el trabajo, adversarios de toda iniciativa revolucionaria.

Nadie se ocupó en los sindicatos ni en las organizaciones socialistas del partido del problema de la toma de la producción por las asociaciones económicas de los trabajadores. Nadie hizo comprender a los trabajadores que la misión principal de la educación socialista debe tender al desarrollo de las capacidades administrativas de la clase obrera, pues esas capacidades administrativas deben ponerla en situación para preparar y realizar la reorganización de la producción y del consumo sobre una base socialista. En toda la literatura sindical y socialdemocrática de Alemania de antes de la guerra no existe un solo folleto en que se haya tratado de algún modo esos importantes problemas para trazar las líneas generales constructivas de significación determinante para la realización práctica del socialismo. Al contrario, se denunció a todos los que reconocían la absoluta necesidad de tal labor como utopistas que no tenían noción alguna del "socialismo científico".

¿Era por tanto un milagro que la llamada revolución alemana no pasara de huecas palabras de orden y que fracasara completamente, en especial en el dominio económico? Toda la educación espiritual que había recibido el proletariado alemán gracias a la socialdemocracia, implicaba el que quedase completamente sin saber qué hacer frente a los problemas económicos y sociales cuando la revolución puso el poder en sus manos.

Cuando terminó militarmente la guerra y el viejo sistema se descompuso, no podía menos de esperarse que las grandes masas de los obreros alemanes se apartaran de la socialdemocracia, que había marchado codo con codo al lado de los defensores del viejo sistema por toda la duración de la guerra, y que en todo momento crítico puso su influencia en la balanza para conservar el viejo régimen. Cuando hoy se reprocha al señor Ebert y a toda su cohorte que durante la guerra han sido traidores a la patria, se les inflije una gran injusticia, y los acusadores, que se dejan llevar en sus acusaciones simplemente por consideraciones políticas oportunistas, saben la verdad perfectamente. Pero en otro tiempo no se pensó en promover tales acusaciones, no obstante saberse bien que la burguesía amenazada sólo podría reponerse con las muletas de la socialdemocracia. Pero en las masas muchos perdieron la fé en la socialdemocracia, cuyos defensores fracasaron también después de la guerra donde había que abrir el camino a un nuevo porvenir. Y como es fácil lanzar al mundo un *J'Accuse!* para señalar justamente cosas acaecidas y sacar utilidad del conocimiento adquirido para el futuro, las masas deshechas por el hambre y las privaciones de toda especie acusaron a los jefes socialdemócratas de traición al movimiento obrero, sin comprender que toda la actitud del partido con respecto a la guerra era condicionada por su conformación espiritual y estaba dada de antemano.

Los mismos portavoces espirituales de la oposición que se desarrolló durante la guerra en el viejo partido y que después se escindió de éste, no parecieron comprender que se trataba menos de una traición de un determinado grupo de jefes que del terrible efecto de un método que trató de cultivar el socialismo de Estado en las masas durante décadas enteras y que en último fin no podía llevar más que a hacer poco a poco del movimieno obrero un órgano y un utensilio necesario del Estado nacional.

El "radicalismo".—

Comenzó luego la era de las escisiones en el movimiento obrero alemán, que con el tiempo asumieron un carácter justamente morboso. Si antes se había elevado la unidad del partido a la calidad de dogma intangible, aunque esa unidad ficticia apenas podía disimular penosamente las disidencias internas y sólo perseguía el objetivo de hacer creer al mundo exterior en la apariencia de su solidez, se cayó luego, — como es corriente en tales casos, — en el otro extremo y, a causa de cada nimiedad, se provocaron nuevas escisiones. No pudo evitarse que la atmósfera se envenenase más y más y que todo el movimiento obrero fuera tan desmenuzado y quebrantado hasta que sus enemigos, que supieron aprovechar hábilmente las luchas internas del proletariado alemán y pudieron reorganizar sus fuerzas diseminadas por la revolución de una manera asombrosamente rápida, lo domeñaron fácilmente.

Toda mísera consigna, tras la cual se ocultaba una chispa de espíritu, dió motivo a nuevas escisiones y a violentas discusiones. Cada día de lluvia traía nuevas consignas, cada cual más absurda. Especialmente el partido comunista, cuyos representantes no supieron nunca desarrollar un pensamiento independiente y sólo eran fonógrafos del ejecutivo de Moscú, se reveló bajo este aspecto de tal manera que no puede, sin duda alguna, ser superado. Si se ordenaran cronológicamente y se colocaran una tras otra las consignas de esa tendencia ajena a todo sentimiento libertario, consignas siempre contradictorias, se tendría una ensalada política que podría hacernos perder fundamentalmente la fé en el sentido común.

Lo peor fué que por esas infinitas escisiones se manifestó un "radicalismo" superexaltado, que se vertió formalmente en palabras de orden absurdas y transformó las ideas más razonables en horribles caricaturas, en donde sólo podía hallarse raramente un germen sano. Se hizo habitual el no examinar el valor interno de las ideas, sino que se juzgó de las mismas según la etiqueta partidista de origen y se las condenó de antemano cuando procedían de un campo a quien se había jurado la guerra. Pero las cosas se presentaban de tal modo que se debió forzosamente obrar de acuerdo a una determinada máxima, y se trató y se trata aún de sobrepasarse recíprocamente, de una manera tumultuosa, por la apariencia externa de las palabras de orden, cada cual según el grado de "radicalismo" que supuestamente defiende. Se propusieron los desatinos más grandes y hubo quienes se complacieron en el griterío histérico de energúmenos para no caer en la sospecha de ser "moderados", y a ese juego de apariencias, que en realidad no es más que una perogrullada, se le llamó después propaganda "revolucionaria". Por consiguiente no es de extrañar que en los círculos de los llamados "radicales" se llegase a concepciones que se burlan de toda sana concepción de las cosas, y que en última instancia, aunque sin quererlo, sólo debían favorecer la reacción social.

La lucha por el mejoramiento de la vida.—

Uno de los peores y más funestos fenómenos dentro del movimiento obrero radicalmente orientado consiste en que en algunos círculos se hizo habitual el rechazo rotundo de toda lucha por una más elevada condición de vida o por mejoramientos de naturaleza económica y política a causa de supuestas razones de principios, fundándose en que tales intentos dentro de la sociedad capitalista están totalmente desprovistos de perspectivas y sólo podrían desviar a los trabajadores de su vía directa. Se habla en esos círculos siempre de una lucha "por el todo" y se ve en toda intervención tendiente a objetivos prácticos y momentáneos una conducta dictada por consideraciones social-reformistas que sólo puede llevar a despertar en la clase obrera falsas esperanzas y a alejarla de su objetivo revolucionario.

Esa funesta concepción se basa en dos errores fundamentales que han sido reconocidos como tales hace mucho tiempo ya, pero que reaparecen de tanto en tanto y desvían corrientemente hacia conclusiones por completo falsas a los elementos aun poco esclarecidos del movimiento obrero.

La primera de esas concepciones parte del punto de vista de que hay que rechazar profundamente como contrarrevolucionarias las supestas mejoras dentro de la sociedad capitalista, porque los llamados partidos obreros aspiran a tales mejoras por la vía de la legislación y de las reformas parlamentarias a favor de los trabajadores.

A esas dos concepciones se asocia corrientemente otra, que no es menos impugnable — la creencia en que la supremacía de la miseria social fortificará el espíritu revolucionario de los trabajadores y hará manifestarse en hechos la indignación contra el sistema existente. Esa ingenua concepción apenas merece que la discutamos con detenimiento. La historia y las experiencias prácticas de los últimos años nos han señalado suficientemente que una miseria demasiado grande no ha sido nunca un factor revolucionario en nuestro sentido. Al contrario, anulana a los hombres y los tritura física y lógicamente. Hombres que están expuestos a la larga a gran miseria y al hambre directa, no se hacen por eso revolucionarios, más bien degeneran y desarrollan los instintos más serviles. El hambre obra de ordinario revolucionariamente sólo cuando aparece de repente, por ejemplo a consecuencia de grandes crisis económicas, es decir cuando vive aun en el hombre el recuerdo de mejores condiciones de vida y fomenta la comparación con la situación inmediata. El hambre física empuja al hombre en el mejor de los casos a la desesperación, pero no es capaz nunca de despertar en el pueblo los instintos creadores indispensables a una revolución. Esa es también la causa por la cual todas las revoluciones de que nos informa el pasado, no estallaron jamás cuando la miseria gravitaba más terriblemente sobre los hombres, sino siempre en períodos en que las condiciones generales de la vida se habían mejorado ya algo despertaron en las masas nuevas esperanzas. Lo poco que inspira la miseria extraordinaria a las masas con un espíritu revolucionario y lo poco que espolea su iniciativa a la acción, lo hemos podido observar perfectamente durante el período de inflación en Alemania. Los trabajadores se dejaron arrancar por el capitalismo en aquella época terrible las ocho horas y casi todas las demás conquistas económicas de la revolución, sin resistencia, por miedo a tener que sufrir más aún.

Contra un sofisma.—

Por lo que se refiere a la primera afirmación, que como revolucionarios deberíamos rechazar, por razones teóricas, todos los ensayos de conquistar en la sociedad capitalista mejoramientos políticos y económicos, porque justamente esa táctica habría sido la que aprovecharon los partidos obreros parlamentarios y los sindicatos reformistas para desviar a los trabajadores y privarles de la comprensión de su emancipación definitiva, — respecto a esa afirmación sólo se puede decir que una concepción semejante de las cosas parte de suposiciones completamente falsas y confunde fenómenos que no hay derecho a confundir bajo ninguna circunstancia si no se quiere transformar en un absurdo directo el sentido del movimiento obrero.

Nosotros no nos distinguimos tácticamente de los partidos políticos obreros y de los sindicatos que están bajo su influencia, porque éstos aspiran ya hoy a mejoramientos para los trabajadores y nosotros los rechazamos, sino simplemente porque somos de distinta opinión con respecto a los medios por los cuales pueden ser conquistados tales mejoramientos. Ningún hombre con cinco sentidos normales, aunque fuese el mayor revolucionario, querrá sostener que le es indiferente por completo la situación de los trabajadores, y especialmente cuando él mismo trabaja en la fábrica. Ningún hombre de cerebro normal se atreverá a sostener que no le importa que él y sus compañeros tengan que trabajar diez y doce horas en lugar de ocho, y que el salario que reciben alcance justamente para poderse mantener con pan seco y patatas, en lugar de sobrarles algo para satisfacer otras necesidades. Lo que nos distingue en este concepto de los partidarios de los modernos partidos obreros no es el fin, sino los métodos.

(*Continuará*)

LA SOCIEDAD DE LAS NACIONES

El camarada Jean Grave ha editado en los números 31 y 32 de sus folletos mensuales, un trabajo escrito hace cuatro o cinco años sobre la *Sociedad de las naciones*, sometiendo a una excelente crítica el ensayo wilsoniano de organismo estatal internacional y las teorías diversas emitidas al respecto. Es tal vez el único trabajo serio escrito desde un punto de vista libertario sobre el asunto en cuestión.

A la sociedad de las naciones que en realidad es una sociedad de gobernantes, opone la sociedad de los pueblos, y es curioso el proyecto de Federación que elaboró. Naturalmente, ese proyecto pertenece al dominio de la utopía, pero hay razones para no menospreciar ni juzgar superficialmente las utopías. Transcribimos la concepción de Grave para asegurar la entente de los pueblos:

"Considerando que, tanto desde un punto de vista moral como material, la guerra es un crimen, una fuente de males sin fin, de miserias y de ruina, que desarrolla los peores instintos en los que la hacen; que hace regresar la humanidad a los más bajos estadios de su evolución; que es causa de degeneración física y moral;

Considerando que es tan nefasta al vencedor como al vencido, y casi tanto a los pueblos que no se baten como a los pueblos que se baten;

Considerando que la política de desconfianza que, hasta aquí, ha sido practicada por los gobernantes de los pueblos unos contra otros, no es más que una guerra de influencias, preludio de los conflictos asesinos;

Considerando que el sistema de alianzas y de contra-alianzas no es más que otra forma de esa lucha;

Considerando que las intrigas diplomáticas pueden muy bien, en ciertos casos retardar los conflictos armados, pero que no hacen más que retardarlos agravándolos, muy a menudo, y haciéndoles tanto más inevitables;

Considerando que la diplomacia secreta es la peor forma de la diplomacia, una agravación que justifica todas las inquietudes, todas las desconfianzas entre los pueblos;

Considerando que la mayor mentira que haya sido jamás formulada para llevar los pueblos a la ruina es el axioma con que se les ha mecido y embrutecido durante cuarenta y cinco años: "Que si quieren la paz debían prepararse para la guerra";

Considerando que todo pueblo tiene el derecho a desarrollarse según sus costumbres, según sus aptitudes, según sus recursos, según su ambiente, según sus virtualidades, sin ingerencia de sus vecinos; como sus vecinos tienen el derecho a evolucionar libremente según sus posibilidades, sin ingerencia de nadie;

Considerando que todo grupo humano, cualquiera que sea su fuerza numérica, cualquiera que sea su desarrollo territorial, tiene derecho a la autonomía más completa; tiene el derecho a sustraerse a toda opresión extranjera, pues la duración de la opresión no crea el derecho del opresor;

Considerando que el número no crea el derecho como no lo crea la fuerza, en la Sociedad de la naciones que tiene por objeto crear el contrato presente, los pueblos son iguales unos frente a otros, cualquiera que sea el número de sus habitantes, cualquiera que sea su desarrollo territorial;

Considerando que la posibilidad para los pueblos de poder evolucionar libremente no puede existir si no están asegurados contra toda amenaza exterior, contra toda posibilidad de agresión, los pueblos que firman esta declaración se comprometen por su honor — y este compromiso ha sido ratificado por toda la población consultada al respecto expresamente — a vivir en paz unos con otros, a respetarse mutuamente en su libertad, su comercio, su industria; a prestarse un mutuo apoyo siempre que sea posible, para bien de todos y de cada uno;

Considerando que, cuando son aplicados moderadamente, según una entente, por tratados de comercio, los derechos de aduana, o tarifas de "protección" no protegen más que a un puñado de especuladores, en detrimento del conjunto de los consumidores de los países llamados "protegidos";

Considerando que cuando esa protección asume el carácter de una guerra de tarifas, puede llevar a una ruptura de la entente más seria, a graves conflictos;

Considerando que las cargas enormes, fruto de la guerra insensata de que acaban de salir los pueblos, van a forzarlos a adoptar una política de economía, a reducir los gastos inútiles;

Considerando que la fabricación de los armamentos de guerra dejada a la industria privada ha sido una de las causas, entre mil, de esa guerra, a consecuencia de las maniobras y de campañas de prensa que tienen por fin impulsar los pueblos a los aumentos de armamentos;

Considerando que la existencia de los ejércitos permanentes es una causa de guerra, que hace la agresión más fácil;

Considerando que el medio de establecer una entente y la armonía entre los pueblos es apelar a su buena voluntad, a su solidaridad y no a su desconfianza mutua, creando órganos de coerción. Lo que queremos no es "castigar" sino prevenir", los pueblos contratantes rechazan toda idea de cualquier poder internacional, legislativo, administrativo, ejecutivo o judicial, y se comprometen desde el presente:

1. — A buscar en sus relaciones todo lo que siendo útil a unos y a otros no podrá menos de estrechar su unión y de evitar todo lo que pudiera engendrar conflictos entre ellos;

2. — A prestarse un apoyo mutuo en caso que uno de ellos sea atacado por uno o varios enemigos, declarando de antemano que ninguna excusa será válida para intentar substraerse al compromiso tomado de dirigir las fuerzas comunes contra el agresor, cualquiera que sea;

3. — Aparte del caso de resistencia contra una agresión, toda intervención armada de parte de una nación en los conflictos internos de otra nación, será considerada y tratada por los contratantes como una agresión, como una tentativa de conquista;

4. — Los contratantes se comprometen a licenciar sus ejércitos permanentes;

5. — No permitiendo la defectuosidad de las instituciones políticas y económicas que rigen actualmente a los pueblos que los gobiernos existan sin una fuerza armada para la policía interior, la constitución de esa fuerza deberá constituir una simple medida de policía interior; no tomará nunca el carácter de un servicio militar impuesto a las poblaciones;

6. — En lo que concierne a la defensa exterior, las milicias, no presentando el carácter agresivo de los ejércitos permanentes, ni conteniendo su fuerza de agresión, los pueblos permanecen libres de ensayar ese sistema, a condición de que no asuma nunca el carácter de un ejército permanente;

7. — El comercio de las armas de guerra es prohibido; su fabricación será nacionalizada y vigilada por una comisión internacional que velará porque esa fabricación quede en los límites normales que habrán sido fijados en común;

8. — Los derechos de aduana, llamados "tarifas protectoras", son abolidos; el comercio es libre entre los países contratantes;

9. — Claro está, si, en el interior de un país, ha sido establecido un impuesto sobre no importa qué objeto de fabricación local, ese impuesto, simple medida fiscal, podrá ser establecido sobre las mismas mercancías importadas del exterior;

10. — Toda prima de exportación es abolida. Lo mismo que todo impuesto prohibitivo a la salida de las mercaderías;

11. — En caso de que acontezca una discusión, un conflicto entre uno o varios de los contratantes, los interesados y sólo los interesados nombrarán delegados encargados de discutir los puntos en litigio y de resolverlos amigablemente;

12. — Si después de la discusión, esos delegados no llegasen a entenderse, consultarán a sus mandatarios, sea para obtener nuevos poderes, sea para ser reemplazados por nuevos delegados.

13. — Si, después de esa consulta, la entente fuese aun reconocida imposible, se elegirán árbitros, en número igual por cada uno de los partidos divergentes. Esos árbitros juzgarán en última instancia. En caso de empate de votos, decidirá el voto del presidente;

14. — En el caso muy improbable de que uno de los pueblos en litigio rehuse someterse al veredicto de los árbitros, será, de hecho, excluído de la asociación, que tomará contra él medidas defensivas necesarias para su conducta ulterior;

Esas medidas, puramente de defensa, no tomarán nunca el carácter punitivo o de agresión;

15. — Si la asociación de los pueblos rechaza toda especie de centralización tendiente a reducir los pueblos a la sujeción de un poder nuevo, favorecerá, al contrario, la asociación y la internacionalización de cada rama de la actividad humana, allí donde sea necesario. La Unión postal universal, por ejemplo, es el tipo de lo que podría hacerse;

16. — Los reglamentos de esas asociaciones deberán ser "convenciones", es decir, como lo indica claramente la palabra, pactos libremente consentidos, después de la discusión, por los contratantes, sin tener nunca el carácter de leyes, y serán modificables según las necesidades, según las circunstancias, después de discusión entre los interesados;

17. — Los pueblos signatarios del presente contrato, no se consideran adherentes a "todas" las convenciones a que la entente mundial pueda dar nacimiento. No pueden más que ser excluídos de las ventajas de aquellas convenciones que se rehusen a admitir;

18. — Todos los tratados, todas las convenciones entre pueblos o grupos de pue-

blos, así como sus negociaciones, serán tratados públicamente;

19. — Todo agente diplomático secreto, o todo agente diplomático, cualquiera que sea, sorprendido en negociaciones secretas, será tratado como son tratados los espías en tiempo de guerra;

20. — Todo miembro del gobierno que se haya mezclado en negociaciones secretas, será entregado a un tribunal internacional, que será constituído, solamente entonces, en vista de su juicio;

21. — Si un pueblo, al hacerse solidario con los manejos secretos de sus gobiernos, pusiese en peligro la paz pública, los pueblos amenazados tendrían que tomar medidas exigibles por la defensa común, considerando siempre la importancia y la inminencia del peligro;

22. — Todo pueblo, toda unidad autónoma, que se comprometa a respetar las cláusulas mencionadas, constituye, por derecho, parte de la entente".

J. Grave".

Hasta aquí la proposición. Ciertamente tendríamos muchas objeciones que hacerle y en última instancia diríamos que tales medios están muy lejos de significar una garantía para la paz y para el desarme. La experiencia nos dice que aún sin ejército permanente, con esa policía interior que consiente Grave, se puede constituir una potencia exterior agresiva; ahí está el ejemplo de Alemania, que puede contar la policía como un verdadero ejército dispuesto en todo momento a cambiar sus funciones de "guardián del orden público" por las de combatiente en las trincheras. También nos parece que Grave exagera la significación de la diplomacia en los conflictos armados provocados por diversos gobiernos y clases privilegiadas. Esa leyenda del poder diabólico de la diplomacia secreta fué imaginada por los salteadores de la prensa burguesa para distraer la atención de los pueblos. Nosotros no quisiéramos separar la acción diplomática del conjunto de las instituciones del privilegio político y económico actual. Y no nos hacemos tampoco ilusiones sobre la posibilidad de asegurar la paz y el desarme mientras quede en pié el Estado y no sea suprimido el régimen económico del capitalismo. Dinamarca quiere abolir el ejército permanente y no sería extraño que se produzca, después de este período de reacción internacional, una corriente hacia la limitación efectiva de los armamentos y de los ejércitos permanentes; pero nosotros no esperamos mucho de ese "progreso", aunque no podamos menos que saludarlo con júbilo; tampoco nos hará ceder una pulgada en nuestras reivindicaciones, porque mientras haya gobiernos y capitalismo la desigualdad social quedará en pié y con ella la miseria y la opresión de los unos y la riqueza y el poder de los otros. Además la guerra armada es sólo una de las tantas formas de las guerras; la guerra económica sostenida por Alemania después de 1918 ha producido millones de víctimas también y ha llevado al pueblo a una decadencia física espantosa. Y por último, si los pueblos tuvieran voz por sí mismos, sin intervención de ningún poder gubernamental, entonces serían inútiles todos los pactos formales para asegurar la paz; los pueblos no reconocen ninguna causa para declararse en guerra con las gentes de éste o del otro lado de las fronteras. Esto sin contar que en el proyecto de Grave el pacto no tiene más garantías que los pedazos de papel en que se firmaron hasta aquí todos los pactos entre los gobiernos.

Hagamos, pues, la guerra al principio de autoridad y al sistema capitalista y con ello prepararemos las condiciones sociales para una paz efectiva y para el desarme completo.

Las Artes plásticas en el extranjero

La pintura y escultura belga de hoy

I

Un poco Cézanne, otro poco Satie, James Ensor es el padre de la pintura contemporánea belga. Sus hijos, legítimos o no, se disputan su herencia. Como los grandes impresionistas franceses, transpone los procedimientos de escuela, evadiéndose para reunirse con los maestros del pasado. Derivan de él varias ramificaciones de pintores, cuyas aspiraciones son opuestas y rivales. Unos no ven más que su paleta — Mar del Norte "color de ostra", pero también perlas, nácar, conchas y coral — comparándola a la de Rubens, de Jordaens y otros coloristas flamencos — envidian su radiosidad policroma, su intensidad, y buscan adornar la materia con todos los prestigios que un brujo de la pintura les reveló; otros preferentemente alaban su "ingenio", su inspiración, ora trágica ora burlesca; otros más, comprendiendo que una sólida arquitectura de los volúmenes es en su obra el principal fundamento para todas sus fantasías decorativas, quieren considerarlo como un precursor del cubismo. Esto es ya ir demasiado lejos. Será suficiente repetir que James Ensor, hacia el 1880, tan discutido entonces como lo es ahora el revolucionario Constant Permeke, pintaba obras maestras que hoy son clásicas: "Salón burgués", "Música rusa", y etc.; y algunas naturalezas muertas que son las más opulentas realizadas en Bélgica en el siglo XIX; que todavía vive y es tan "joven de espíritu" como un Monet, que en París expone actualmente algunas de sus mejores obras; y si agregamos que es un profesor de independencia, un gran admirador de la labor ajena, un libertador, se comprenderá por qué dijimos que hoy es el padre de la pintura contemporánea belga.

JAMES ENSOR—"Retrato de mujer"

Podríamos remontarnos a los antecesores de los artistas actuales, a los primitivos, de quienes algunos de los "místicos" de la hora presente todavía mantienen encendida la llama interior; a Breughel, por ejemplo, a quien se imita demasiado literalmente; a los zagueros de Rubens, cuya opulenta coloración corre por las venas de muchos coloristas; pero hablemos mejor de las influencias francesas, que los belgas como tantos otros, las sufren y les sirven de guía. Las semejanzas son evidentes, aunque, ya constatado el hecho, lo más cuerdo y discreto es hablar de aquello en que se diferencian de las modernas escuelas de París. Por lo pronto, la pléyade de la "Joven pintura belga" en nada se parece a sus colegas del Salón de Otoño.

Los que tomaron parte en el certamen de obras que se exhibieron en una pinacoteca de la capital francesa, si no tienen la pretensión de constituir la sola esperanza y ser únicos maestros del momento actual, son, por lo menos, los que nos pueden dar una idea aproximada de la evolución realizada por la escultura y la pintura de Bélgica.

Después del aporte de James Ensor, de valor incontestable, un joven artista muerto durante la guerra, Rik Wouters ensanchó la brecha que abriera el cézannismo. Imponiendo un orden nuevo a los elementos recibidos, acentuaba las indicaciones esenciales del dibujo, dándole otra vez a los tonos puros toda su magnificencia. Escultor también, de una gracia florentina, conservaba en sus bustos lo más sumario, de lo que procedía del natural y del instante fugaz y deleznable. A Ensor no se le ve sino a través del retrato modelado por Wouters, que es fiel intérprete de la ironía dulcificada que brilla en los ojos del maestro.

Colocada casi en los antípodas de ese arte, que no es más que un arte "de visión", de exaltación centrífuga, la escultura de George Minne, todo loa a la vida activa y muscular — más cerca de Verhaeren que Maeterlinck, Van Leberghe o Max Elskamp — retornaba a las fuentes de la meditación, del idealismo y de la fé. Entre Ensor y Minne, la pintura y escultura de hoy cumplen un ciclo para llegar a Permeke, que representa la revolución. Luego volveremos a encontrar a Minne, como jefe de la escuela de Laethem. Para romper con la mala costumbre de otorgar más importancia a los pintores que a los escultores, citaremos de éstos últimos los más caracterizados.

II

Francia no conoce bien la escultura belga, habiendo solamente estudiado con cierta atención a Meunier; y Alemania está familiarizada en cambio con Georges Minnes, quien tiene más imitadores en el extranjero que en su misma patria. Rik Wouters, por su parte, como escultor tuvo pocos discípulos, pero dejó otros que son pintores y siguen siendo impresionistas: Schirren, De Kat y Wynants, el único que es escultor. Sirven los otros un arte peligroso. Wynants, por ejemplo, estudia los orientales y los griegos arcáicos, encontrando una estabilidad perfecta, que nada tiene de ficticio, porque recuerda otros casos, aquellos de los grandes decoradores barrocos del renacimiento francés que cayeron en el tallado, escultores de sillas, de confesionarios y de figuras ornamentales.

Gustavo Fontanie, un "intimista", deja flotar una atmósfera de recogimiento, mientras que Josef Cantré, que deriva de la escuela de Laethem, respeta, como buen tallador de piedra, el bloque que apenas desbasta: los gestos son angulosos, las caras de vivas aristas concentran sobre ellas la luz y se admira el poder expresivo, de una rudeza que se alía a la nobleza, y un estilo nervioso y vibrante.. Henry Pauvrez, después de una rápida visita al cubismo abstracto, vuelve a encontrar la gracia, como el paria encuentra nuevamente un hogar y un convaleciente la sonrisa.

Oscar Jespers, influenciado en los principios por Rik Wouters, se libra muy pronto de la tiranía del modelo y concluye concibiendo conjuntos de plástica pura, análogos a los de Lipchitz y de una serenidad singular. Pero si los belgas no repudian el ideal, les repugna la ideología. Aquel que, entre los escultores del presente, sin violentar la forma humana hizo surgir las más puras llamas espirituales, es indudablemente George Minne.

Oscar Jespers, Gloris Jespers y Paul Joostens, los tres nativos de Amberes, son, con Servranck, la extrema vanguardia del arte belga. Cubistas o puristas, sectarios del espíritu nuevo, nada los diferencia profundamente de sus colegas franceses de la misma capilla, sino porque ellos jamás "sacrifican el color". En cambio sus amigos poetas, se hallan más cerca de un lirismo desenfrenado que a la poesía precisa y casi cubista de Jean Cocteau.

En Bruselas los pintores forman legión. Se lee, se discute y se expone, lo que resulta más grave. Franceses y belgas se suceden en las pinacotecas del "Centauro", de la "Linterna sorda", de Manteau, Brekpot... Es lógico que en la capital sea donde se anuden los hilos aéreos cargados de una corriente dinámica que corre en todos los sentidos. Y esta usina transformadora, engendra a su vez un cúmulo de energías. Nombres: Parents,

RENÉ GUIETTE — "Paisage"

Schirren, Brusselmans, Dehoy, Paereis, Tijtgat, Creten-Georges, Ramah, Albert Counhaje, de quienes se puede escoger lo mejor.

Casi todos, remedando a Claus, Van Rysselberghe, Georges Lemmen, sacrificaron al impresionismo. Poco después de la guerra, apunta la reacción. Hoy se transpuso la crisis. Al realismo tornasolado y fotográfico sucede un estilo de elementos numerosos, tributario a la vez del cubismo, del "fauvisme", es decir de las escuelas extremadamente avanzadas, y de la eterna "pintura flamenca"; un estilo claro, poderoso, bastante libre para no constituir un obstáculo a la manifestación de los más diversos temperamentos. Roger Parents, francés de origen, vuelve a llevar la composición a los arabescos lógicos, de los cuales se desprende una emoción puramente plástica, mientras que Ferdinand-Schirren, pintor inquieto, nervioso, apasionado, experimenta la necesidad de vencerse a sí mismo y se confina a los grupos familiares, construído en la luz, mejor dicho *con* la luz, en un equilibrio efímero, de una graciosa movilidad.

Entre Parents, la razón pura, y Schirren, la llama pasional atemperada, caben todas las gradaciones de la sensibilidad estética. De la pléyade brabanzona, Jean Brusselman y Charle Dehoy son las criaturas más originales. El primero posee la robustez rústica campesina, a la que superpone la humana ternura del solitario, y es un enamorado de una atrevida independencia de la cual el colorista no hace nunca uso indebido. Pues las armonías de Brusselmans son de una deliciosa frescura y nada tienen de artificioso. Son magistrales. Sabe matizar y también resumir y sintetizar. Respecto a Delhoy, realiza en obras profundamente sentidas el acuerdo de una sensualidad rara y de una inteligencia aguda.

Se dice que los flamencos son pintores y los valones dibujantes. Georges Minne, de la escuela flamenca, es, sin embargo, un gran dibujante, y en Lieja, en cambio, existen pintores que no pueden sernos indiferentes. Citemos a Marcel Caron, y sobre todo a Auguste Mambour, que en su país, como en el Congo belga, despoja de todo carácter anecdótico el gesto elemental del hombre y de la mujer y hace participar al paisaje en la acción dinámica del cuadro. El ritmo de la tierra y el del cuerpo coinciden tan indisolublemente que nos hallamos obligados a reconocer que la significación de obras de tal modo orgánicas, energicamente unificadas, sobrepasa lo concreto de cualquier realidad.

En Malinas, De Troyer evoluciona en el mismo sentido que los bruselenses salidos del cubismo. En Amberes, Hippolyte Daeye, colorista sutil, se concentra para insuflar una vida más perenne a sus figuras y René Guiette se substrae a la influencia de Picasso, de Rousseau, de Leger, que ayer imitiba sin ruborizarse, para expresarse luego en un lenguaje más agudo, de una manera más franca y con notable robustez.

Dirijámosnos ahora hacia la escuela de Laethem. Ella es la que debía triunfar en "La Joven Pintura Belga". Sus principales representantes se afirman ya cismáticos y se dispersan por diversas rutas, alejándose de su punto común de partida. Queda como verdad inconcusa — lo cual es uno de los acontecimientos más importantes de la historia artística de Bélgica—que hace quince años los artistas agrupados alrededor de George Minne, en Laethem-Saint-Martin, aldea de los contornos de Gante, intentaron un esfuerzo para crear un estilo, mejor dicho un estado espiritual. Muy poco se detuvieron a mirar por encima de las fronteras, y en ellos mismos hallaron la claridad del alba que debía guiarlos por senderos ca-

si nunca hollados. Existe un "misticismo" septentrional, el de Ruysbroeck, y el de Maeterlinck, que es una aptitud filosófica para considerar el mundo sensible como signo y testimonio de una realidad más punzante. Aunque esto no debe suponer nunca desdén por la materia. Georges Minne, gran observador de la anatomía de los cuerpos y de las almas, se aleja del realismo vulgar sin cercenar ni olvidar la naturaleza. Alcanza, por la simplificación de las masas, por una ligera deformación de las curvas, las líneas más expresivas y puras. Otorga y viste a todos los sentimientos, particularmente a los más graves y dolorosos, un cuerpo habitado y una actitud casi necesaria

---

Albert Servaes, primer pintor religioso de ese tiempo, busca la verdad en el esplendor del mundo, de manera tan leal como la buscaba en su fé. Algunas veces oraba sobre el "motivo", otras, en el estudio, que parece una capilla, glorificaba todo lo creado.

Valerius de Saedeleer, Gustave de Woestyne... Quisiéramos detenernos ya, que la lista se hace larga... Pero apenas nos tomaremos el tiempo, ante estos paisajes vigorosamente detallados, ante esas figuras pensativas, herméticas, elípticas, para evocar la gran memoria de Breughel y del aduanero Rousseau, que se llamaba Albyn Van den Abeele, y pintaba en Laethem las penumbras de los bosques y la nieve, con una dulzura y amorosa sinceridad que nadie igualó. En el capítulo de los precursores sería necesario reservar ancho margen a Jakob Smits, pintor religioso de la Campine y Laermans, que en los barrios industriales supo compadecer y enaltecer la tristeza de los obreros resignados, silenciosos y soñadores.

Un Claeys, un Saverys, un Jules Boulles, jóvenes paisajistas, evolucionan alrededor de Laethem, en quien la visión se esclarece, se ensancha, se profundiza, se coordina al mismo tiempo que la concepción se renueva y se armoniza la inspiración.

III

La primera generación pictórica de Laethem aún no salía de la obscuridad, habiendo apenas recogido los frutos de su meditación, cuando más vivaz, más audaz todavía, una segunda "escuela de Laethem" surge con Permeke, Gustave De Smet, Fritz Van den Berghe, trayendo nuevas ambiciones, con una nueva poética, con recursos nuevos y nuevos medios de expresión. Partiendo de Ensor, partiendo de Minne, se llegará a Permeke. Evadidos de la aldea de Laethem, fijan su residencia en Ostende. Habiendo sufrido la influencia de Servaens y la del gantés Jules de Bruycker, Constant Permeke vuelve a tomar contacto con la campiña. Es probablemente el más materialista de los pintores belgas, pero el

más visionario también. Nada funda sino en la firme realidad, para luego concebir en poeta "cósmico", no queriendo decir más que cosas esenciales, transponiéndolas, exaltándolas; hace pictórico todo lo que toca su pincel. De la vida de los pescadores, de la vida del mar, desdeña lo pintoresco para percibir su sentido profundo. Maestro de una técnica de formidables empastes, constructor por instinto, "moderno" sin quererlo demasiado, se contenta de obedecer a las sugestiones de un temperamento generoso, violento y salvaje. Constant Permeke es verdaderamente una fuerza de la naturaleza, uno de los pintores más originales y más completos de hoy.

No podemos sino indicar ligeramente la influencia que ejerció sobre Gustav Smet un pintor francés que trabajaba en Holanda: La Fauconnier.

El expresionismo alemán también se refleja en su obra, donde los espectáculos cotidianos se encuentran traspuestos en un ambiente de misterio. Las formas se embotan y los planos se quiebran, según las reglas de una geometría no demasiado rigurosa. El color es sombrío, como el de Permeke, pero iluminado con resplandores secretos. La misma rudeza, la misma atmósfera se percibe en la obra y en la preconcebida simplificación acusa el relieve y la profundidad. Una aldea flamenca interpretada por Van den Berghe, se despierta de pronto a una existencia *supra-realista*. Es el lugar que dará margen a todas las experiencias plásticas: el movimiento de un brazo, el fuego de una mirada sirven como pretexto a todas las deformaciones y a todos los milagros imprevistos.

La pintura belga, en particular la flamenca, no se define negativamente. Todos los instintos se exteriorizan libremente, los más brutales así como los más delicados. Hemos citado muchos nombres y también hemos olvidado bastantes. Hace veinte años se podía decir que los belgas eran exclusivamente y demasiado pintores. Es que el tiempo del empirismo ya pasó. Los pintores y escultores de una escuela que hoy puede considerarse como una de las más vivientes y homogéneas de Europa, son artistas que nada de lo que sea humano les es extraño y, llevados por la rápida y tumultuosa corriente de la evolución contemporánea, tienen detrás de ellos toda una avalancha que los empuja y todo un pasado que no los encadena.

P. FIERENS

EUGENIO LAERMANS — "EL MUERTO"

"De las sucias aguas del canal han retirado a un ahogado, y a lo largo de un muro blanco interminable, dos campesinos robustos y pesados se llevan, uno de los pies, el otro de los brazos, al pobre cuerpo inerte, precedido por una niñita andrajosa y lamentable, y seguidos por una mujer del pueblo a quien la edad o el extremo dolor agobia despiadadamente..." —

JULIO PAYRÓ

LAS HOGUERAS DEL ODIO

LOS NIÑOS DE LA CARCEL

Si puedes, lector o lectora, visitar la Cárcel de mujeres, pide que te enseñen los hijos de las presas. Sólo entonces te hallarás en condiciones de conocer bien el móvil verdadero de este libro y de ofrecer a su autor la ayuda fervorosa de tu corazón.

¡Niños en la cárcel!

Niños cuyas primeras impresiones tuvieron por escenario las celdas enrejadas sin flores y sin canciones de agua, de una prisión.

Algunos entraron mamoncillos y corren y saltan como corderos. ¡Hablan ya! El período de su moldeamiento psicológico, la roturación espiritual, el despertar de las primeras curiosidades, se fundió en el crisol de la cárcel.

Mientras son pequeñuelos aún tienen el consuelo del regazo de la madre en las noches, interminables de inquietud, de la prisión; aún cae sobre ellos el beneficio cálido de los brazos amorosos de quien sólo Dios sabe con qué conciencia de lo que hacía les trajo al mundo; pero en cuando el niño cumple cuatro años lo llevan a un Asilo. Si la presa ingresa con un hijo mayor de esta edad, ha de abandonarlo y quedarse sola entre los muros enverdecidos por la humedad del que fué convento.

En la mayoría de los casos son mujeres que robaron cosas sin valor. Pena desproporcionada la de robarlas a ellas la alegría del hijo.

Pobres hembras, feas y lacias, harapientas y pitarrosas, desgreñadas y sucias, en las cuales la maternidad parece milagro u ofrenda de un hada caritativa.

Viéndolas es como se comprende toda la enorme fuerza de ilusión con que perfuma sus pasos el instinto supremo. Fueron madres siendo feas, deformes, sucias y malolientes. ¿Quién no bendecirá al caritativo amor?

¿Cómo no inclinarse, rendidos de admiración ante el mágico poder soberano de la especie, embriagador y piadoso, que por unos momentos hizo el regio regalo del entusiasmo sexual a estos tristes cuerpos macerados por el trabajo, a estas pobres carnes flácidas, ásperas y velludas? Una nos dice tranquila, serenamente:

—Llevo nueve meses de PRISION PREVENTIVA! Este entró de unos días. El abogado dice que me saldrá UN MES.

Y la hembra en ruina, la derrotada, mira gozosa cómo el pequefín juega con el llavero que le tiende, maternal, la hermana de la Caridad.

La sala es amplia. Por las ventanas entran atropellándose, raudales de luz. Entre los hierros asoman curiosas unas narices. Sobre los camastros, apelotonadas, hechas un ovillo, están las presas, mirándonos indiferentes.

La mayoría, casi desnudas. Por entre los andrajos se ve la carne. Carnes morenas, requemadas por el viento, curtidas por el polvo de las carreteras. Despeinadas, llenas de churretes las caras, parece haber huído de ellas toda preocupación sexual. Los senos, castos a fuerza de impudor, lo pregonan melancólicamente.

Sola en un camastro, mostrando zapatitos flamantes y medias de seda, se esfuerza por que destaque la diferencia una hetaira; en su cara hay arañazos recientes, dando fé del motivo de que esté allí la cortesana habituada a pisar alfombras y no ignorante de lo que es la trepidación de los *autos* sobre el pavimento de los patios de Camorra.

No tuvo hijos que traer.

Junto a ella, dos menores que viven solas y pasan unas noches en la casa de dormir de la calle Mediodía Grande, en la de la Esgrima otras, en la del Espino algunas.

Son ladronas profesionales; pero al edificio de Quiñones van otras no tan aisladas ni tan independientes. Vienen a verlas sus padres.

No es el querer quien los guía; es la gratitud y el interés. Representan para ellos la única fuente de ingresos. Viven del producto de los robos de la hija.

No hay disimulo, ni gazmoñería ni propósito de enmienda. ¡Es su oficio! Roban como trabajarían si trabajando ganaran lo mismo.

Lo cuentan naturalmente. Se dedican a eso. Como otras a golfa y otras a zurcir. Se cobra más; pero también se arriesga más. Ni chulo que las explote ni vicio que las domine; hacendosas y formales como cualquiera.

—¿Qué vamos a hacer? ¿Dejarnos morir de hambre, estar tiradas en el arroyo?

—¡Que le cuente a usted lo suyo la Carmen! Entenebrece oírla.

LA CARMEN

Pequeña de cuerpo, y, sin embargo, exenta de esa vivacidad propia de las mujeres menudas. Posee un ritmo lento, enroscado: lentitud de ofidio. Como un constante desperezamiento lánguido y criollo.

Los ojos, de color de cobre; ligero bozo tendido sobre el labio superior y una mueca infantil prendida en las comisuras labiales. Las facciones, poco correctas; demasiado grande la nariz y sobradamente abombada la frente. La línea del muslo, un prodigio de capullo: suave, graciosa, turbadoramente andrógina. Pantorrillas como las suyas no suelen verse. Ni gordas ni flacas. Una bien ponderada gradación del tobillo a la molla.

A esto une el encanto de su voz aterciopelada, acariciadora, untuosa.

La codiciaban y la acosaban casi todos los hombres del barrio. Y ella, *enguirlotada* con un muchachito tímido, apocado, que ponía ojos de llanto en cuanto Carmen hacía un mohín de disgusto.

La madre del mozo aseguraba, indignada, haberle sorprendido rezando ante un retrato de ella.

El diálogo fué éste:

—¿Qué quería usted, madre?

—Hablarte y muy en serio.

—Pues ya estoy escuchándola.

La muchacha se llevaba muy bien con su madre, cincuentona, más arrugada que una pasa y más holgazana que un guardacantón; bebedora como los carreteros y de mala lengua como quizá no existe otro caso. Tenía los oídos llenos de vello, de legañas los ojos y de manchas la ropa.

—Pues es el caso que has llegado a los diez y ocho años, que tu pobre vieja no va estando para nada, que apenas si me sale ya donde asistir, que la niña aún no ha cumplido cinco años y que como no tenemos hombre que nos lo gane, hay que ver de dónde se saca...

—¡Yo no puedo hacer más! Todo el jornal se lo entrego a usted. Y en vestir bien poco gasto.

—Pues así no podemos seguir. Está todo empeñado; en la tienda no nos fían ya y además, para mí, que tanto te quiero, me resulta una pena muy grande verte salir a la calle con esos zapatos con agujeros en la suela...Es para el caso como si fueras descalza.

—Pues no sé qué podamos hacer.

—Yo sí, hija. Se me ha venido a las manos, y de ello quiero hablarte.

La Carmen se puso hosca. Algo instintivo la avisaba obscuramente un peligro. Las vecinas se lo tenían prevenido.

—¡Usted dirá!

—¿Sabes quién es el señor Juan, el maestro de obras de la casa que están levantando en la esquina? Pues está por tí.

—Como si no lo estuviera. Yo no me caso con un viejo.

—Si él no quiere casarse. ¡Lo está ya! Lo que busca es el calor tuyo, la flor de tu juventud. Total un poco de coba, y la fortuna se nos ha entrado por las puertas.

—¿Qué dice usted? ¡Eso, nunca! Me moriré de hambre, pediré limosna; pero entregarme a ese viejo baboso, ¡jamás!

—¿De modo que por una terquería tuya, yo, al hospital; tú, a la miseria, y la pequeña, al hospicio?

—¡Soy una mujer honrada, madre!

—Pero una mala hija y una mala hermana. Negras tienes que tener las entrañas para dejar pasar hambre a tu pobre madre, pudiendo verla a qué pides boca.

—¿Pero usted qué quiere?

—¡Dinero!

—¿Pero es que no puedo yo traer dinero sino así?

—¡Como no lo robes!

ENSAYOS SOBRE CULTURA RUSA

VLADIMIRO-KOROLENKO

(HOMBRE Y ESCRITOR)

En 1891 se desencadenó sobre Rusia tan terrible carestía, que su recuerdo, hasta hace pocos años, hacía estremecer de miedo a los rusos. La guerra, el terror revolucionario, la carestía de 1901, han hecho palidecer el recuerdo del "año del hambre", pero la muerte de Vladimiro Korolenko lo ha vuelto a actualizar en la memoria de los rusos diseminados por el mundo y en la misma maltratada Rusia. En la miseria de aquél año, Vladimiro Korolenko, conocido como escritor, celebrado ya por críticos de gran fama como uno de los mejores y más eficaces representantes de la literatura contemporánea, se levanta en el campo de la actividad periodística a la que se ha dedicado, a una altura que tiene algo, casi diré, de épico, y ciertamente de sublime. Las primeras luchas periodísticas ya notables por vivacidad y vigor, son escaramuzas frente a la gran batalla que este escritor todavía joven inicia, para que su sueño, un poco romántico, de mejoramiento, de rehabilitación del pueblo, se convierta en realidad. La carestía que flagela a Rusia le depara una ocasión. Vladimiro Korolenko no deja de visitar ninguna de las localidades donde el azote del hambre se hace sentir con más intensidad, organiza comités de socorro, lleva su ayuda personalmente y mientras tanto, recoge material precioso, estadístico e ilustrativo, para hacer conocer a Rusia y al mundo lo que es el campesino ruso en su realidad, arrancando el velo de poesía con que lo ha cubierto él mismo, el escritor, cuando ha puesto artísticas vestiduras a sus propias observaciones.

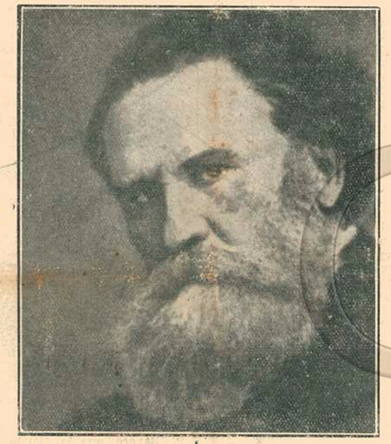
Y en cada nueva ocasión procede de igual manera. Cuando se intenta contra los Votiaki, pequeña población del gobernador de Ufd, pagana pese a la penetración del cristianismo, un proceso de acusación por sacrificios humanos en los ritos, Vladimiro Korolenko, seguro de la inocencia de la pobre población, pagana pero buena, y lejos de todo instinto sanguinario, los defiende con tanto ardor, que el proceso termina definitivamente con la absolución de los acusados. Cuando sobrevino el primer progrom contra los hebreos de Kischiniov, Korolenko en un cuento, o mejor, en la descripción de una de las casas saqueadas, destruídas por la violencia de la población enfurecida ("la casa N.o 13"), toca tan profundamente la llaga de la injusticia de los progroms, que por mucho tiempo parece difundirse un aire de paz y serenidad. Son conocidas también sus admirables páginas contra la pena de muerte. No tan conocido es uno de los episodios más recientes. En Saratov existían colonias alemanas que habían conservado su lengua, sus costumbres, su adhesión a la lejana patria originaria,magüer la larga vida pasada en medio de la población rusa. Cuando comenzó la guerra mundial estas poblaciones debían ser desterradas. Korolenko intervino y obtuvo que el éxodo quedara sin efecto.

La importancia del escritor, por ésta su actividad práctica, se agigantó y algunos lo consideran grande, sobre todo en estas manifestaciones(1): a nosotros, se nos aparece como un gigante, observando que cualquier impulso, sea inmediato o reflejo, en esta actividad práctica, no difiere del de su arte: una honda y verdadera bondad humana que no se limita a lamentar el mal y a desear el bien, sino que obra, trabaja, crea. Su sentimiento de justicia osa arremeter no solamente a los hombres, sino a la misma naturaleza, cuando ésta parece obrar contra sí misma destruyendo y anonadando el sentido de justicia, vivo en el corazón del gran escritor, en una forma tan aguda y sensible, que casi resulta morbosa. La parte mejor del pueblo ruso lo estimó viendo encarnada en él su propia conciencia.

Justamente por entonces la crítica rusa notaba que mientras los lectores de Gorki y de Chejov, que fueron contemporáneos de Korolenko, se dividían en partidos y murmuraban en favor o contra los popularísimos escritores, cuando se trataba de Korolenko, no había, puede decirse, discusiones, porque él sabía pacificar y conciliar a todos, en la admiración, en el desdén y en el dolor

No se hacía cuestión del mayor o menor valor artístico en sus cuentos, pues desde muchos puntos de vista tanto Gorki como Chejov son superiores, y especialmente Chejov, pero en el contacto con la realidad el estilo de Korolenko alcanzaba resultados excepcionales, inesperados. Y con los medios más simples. Las páginas sobre la pena de muerte, como las del año del hambre, no son otra cosa que una exposición de hechos. Pero cómo están presentados estos hechos, y con qué palabras los expone, es imposible decirlo. Es menester leerlas. La fuerza trágica de la realidad habla en ellas, y a esto se añade el vigor de un alma que ha sabido hacer propia esta tragedia. !Y la realidad rusa era cotidianamente tan trágica! ¡Qué tarea colosal y qué energía ilimitada, para hacerse intérprete de esta diaria realidad! Fué considerado con justicia por los historiadores de la literatura rusa contemporánea, como el mejor representante, no sólo de todo el movimiento literario moderno, sino también de la vida rusa en general, ya por la riqueza del material artístico, la amplitud de la esfera de observación, y en fin también, por su concepción de la vida. Este juicio, en el que armonizaban los grandes críticos rusos modernos, desde Vengherof a Scabischevski, los cuales examinaron profundamente su obra, no era otra cosa que el reflejo, la interpretación teórica del amor, con que el público ruso se nutría, por medio de su escritor. La dolorosa impresión que produjo en los expatriados rusos la noticia de su muerte, testimonia que este amor se conservaba vivo a pesar de la trastornada vida de los últimos años.

La revolución de 1917, destruyendo el régimen, que había costado tantos sufrimientos al escritor, no le había llevado, sin embargo, la hora de la liberación a la que tenía derecho de contar. Por el contrario, con la revolución bolchevique debió cesar en la publicación de su revista "La riqueza rusa", y de este modo se vió obligado al silencio. Si como artista callaba voluntariamente, hacía tiempo, desde que *"El músico ciego"* había llevado su nombre más allá de los límites de su patria, el silencio a que lo condenó el nuevo régimen revolucionario, fué mucho más grave, ya que se lo impuso una fuerza exterior, brutalmente excesiva, y no una convicción interior. De este período nos quedan como testimonio las cartas que Korolenko dirigió a Lunatcharski y que recientemente fueron publicadas íntegramente en Occidente (1).



"La justicia social escribía — es una cosa muy importante, y Vd. demuestra justamente que sin ella no hay plena libertad. Pero sin libertad es imposible alcanzar la justicia". Y más adelante: "Yo soy un escritor, es decir un hombre que trata de hacer conocer sus pensamientos. Y vosotros habéis destruído la libertad de pensar".

Las fuentes biográficas relativas a Korolenko son muy limitadas. Ecavichevski que dá al escritor un puesto de honor, confiesa no poseer datos biográficos; y ni siquiera los de Vengherof son muy abundantes. Solamente de pocos recuerdos personales están hilvanadas las contadas biografías que en estos días de su muerte han publicado los diarios rusos. Aun los ensayos de Arsenief, de Merejkovski y Nicolaief, que son de entre los escritos rusos los más importantes, son escasos de noticias biográficas.

En la *"Historia de un contemporáneo"*, el escritor mismo nos describe en parte su infancia, su educación semipolaca, sus impresiones de la sublevación polaca de 1863 y los primeros signos de la influencia de la literatura liberal del año "sesenta". Pero sería quizás un error considerar la *"Historia de un contemporáneo"* una verdadera y personal biografía. Es, como dice un crítico ruso, una obra *sui generis*. Y por lo demás, que no es una biografía lo afirmaba el autor mismo cuando decía: Estas notas no son una biografía, ya que no me he preocupado de la exactitud de las noticias biográficas; no es una confesión, porque no creo en la posibilidad, ni en la utilidad de la confesión pública; no es un retrato porque es difícil pintar el propio con la garantía de la semejanza" En otra página hace notar también que no se trata tampoco de la historia de su tiempo: "Observo simplemente el pasado nebuloso, y presento un conjunto de imágenes y de cuadros, que salen por sí mismos a la luz, abren, iluminan y arrastran detrás de sí recuerdos íntimos. De una cosa me preocupo: de revestir claramente y con precisión de palabras este material expontáneo de la memoria, limitando severamente el trabajo astuto de la imaginación".

Sin embargo, a la *"Historia de un contemporáneo"* se podrá siempre llegar por la del desarrollo espiritual del escritor. En este sentido, muchos elementos biográficos pueden encontrarse también en algunos de sus cuentos. La falta de datos biográficos precisos hace más atrayente este bosquejo de su propia vida que Korolenko traza con tanto arte y exquisita poesía. Me refiero aquí al cuento *"Mala compañía"*.

Uno de los críticos y biógrafos, Batueskov, ha tratado de fundar la biografía del escritor en sus obras: "Korolenko, como hombre y escritor según sus obras". — trabajo publicado en Petersburgo en 1905 pero hoy, desgraciadamente, inencontrable.

Nacido en 1853 de padre de origen cosaco y de madre polaca, este doble origen se hacía sentir en el escritor en el que se armonizaban los lados mejores de las dos nacionalidades: el colorido y el romanticismo polaco y la cordialidad y la poesía ruso-ukraniana.

Para formar su temperamento tan característico se unieron las corrientes altruistas del pensamiento social ruso en el año "setenta", período en el que alcanzó la primera madurez y la plena posesión de sus fuerzas.

En esta época la literatura rusa había ya salido del intenso período de conmociones para el pueblo; de su admiración en el modo de concebir la vida, de su fé, de la pureza de sus instintos morales. Esta corriente había sido sustituída por una nueva forma de "populismo" ("narodnichestvo"); el romanticismo había cedido el puesto poco a poco, al realismo y los escritores habían empezado a comprender que hablando de los campesinos, "no había necesidad ni de conmoverse, ni de inclinarse ni de caer en la melancolía" (palabras de Chedrin).

Los dominadores del pensamiento en estos momentos eran Micailovsky y Lavrof. En aquellos años y más precisamente en 1876-77, Micailovsky publicaba en los "Anales Patrios" su ensayo, en el que describe el tipo del "noble penitente", conclusión espiritual de la esclavitud de la gleba y Lavrof predicaba que, portador y guía del progreso debía ser la personalidad penetrada del principio moral, y que las personalidades evolutivas y criticamente pensantes, son los factores fundamentales del progreso. La ideología de Lavrof, y más especificamente la de Micailovsky precisaron, por una parte, el tono general de la vida y de la actividad de Korolenko, y por otra influyeron poderosamente en su destino.

Además de Micailovski y Lavroff, influencia decisiva sobre el desarrollo de Korolenko ejercieron, como él mismo lo reconoció, los dos escritores Ghlieb Uspenski y Saltikov Chedrin, este último el más grande escritor satírico de Rusia, y el primero el más profundo conocedor de las fibras íntimas del alma del campesino.

"El fondo de la vida popular", según su expresión, y el pueblo mismo, esta "esfinge enigmática", lo atraían irresistiblemente; su sueño era sumergirse "en el mar de la vida popular", llevar a la luz, como se expresa uno de los críticos, el divino misterio del pueblo, el gran secreto, la perla mágica.

Fué una revelación. Relámpago en la cerrazón del conflicto.

— Pues robaré.

Y así fué. Conocía Carmen a una ex compañera de taller que también se había hecho ladrona; en unos meses estuvo al corriente del oficio, y la madre, tan contenta, y la nena, tan bien vestida como una muñeca de rifa, y el novio, atontado sin saber qué partido tomar. El señor Juan, concluída la obra, no volvió por el barrio.

Ella, indiferente a la realidad, se perfeccionaba cada vez más en el arte, como si fuese algo perfectamente normal, sin la menor mancha de impureza. El dinero así ganado no la quemaba las manos; lo cogía cantando de manos de los *peristas* y cantando se lo entregaba a su madre, zalamera y solícita como nunca.

Así se hizo ladrona la Carmen, pequeña de cuerpo y, sin embargo, exenta de esa vivacidad propia de las mujeres menudas.

Poseía un ritmo lento, enroscado; lentitud de ofidio.

CESAR JUARROS

---

(1) *"Cuando se pronuncia el nombre de Korolenko, para algunos está ligado a sus obras artísticas, otros lo recuerdan como director de una de las más difundidas e influyentes revistas rusas "La Riqueza Rusa". La imaginación de los terceros se lo representaba en la serie de grandes y pequeños procesos, en los cuales participó como publicista los otros; en fin, lo ven en el trabajo, lleno de sacrificios en el año del hambre y del cólera".* — N. Kulman, en "Pensamiento ruso".

(1) *En los "Anales contemporáneos" (N. IX — Paris — 1922), con esta advertencia: "Las cartas de V. G. Korolenko han sido suministradas a la redacción por persona venida de la Rusia de los Soviets, con esta nota: "En el verano del año pasado (es decir, 1920) Lunacharski fué a Poltava y allí se encontró con Korolenko, el que le hizo notar la falta de posibilidad de expresarse libremente. Finalmente llegaron a un acuerdo en fuerza del cual, Korolenko prometió a Lunatcharski dirigirse en cartas personales, y este último a su vez publicarlas en el "Pravda" con comentarios propios. Las cartas fueron escritas y enviadas, pero, naturalmente, no aparecieron en el "Pravda".*

Es menester decir que lo consiguió admirablemente. Su arte fué perfecto por la madurez de este conocimiento, y su actividad práctica ulterior dió frutos mejores por la excelencia espiritual del arte ejercido con tan viva y profunda pasión.

Las etapas principales de la vida del escritor están señaladas por trabajos críticos. En 1879 fué arrestado y enviado a Siberia; esta aventura personal le proporcionó una fuente de inspiración. La Siberia que lo circunda es la de Yakutsk, una de las regiones más frías y desoladas que haya pisado el hombre. La naturaleza salvajemente romántica de la "taiga" siberiana; las terribles condiciones de vida de los forzados en la "iurte" de Yakutsk, la vida de los vagabundos, llena de aventuras, los tipos de las personas casi embrutecidas, todo esto encontró un pleno reflejo artístico en sus magníficos esbozos de la vida siberiana: *"El sueño de Makar"*, los *"Recuerdos de un turista en Siberia"*, etc. El autor no se detiene casi en los aspectos cotidianos de la existencia siberiana, pero la describe, especialmente en sus aspectos más imponentes y originales.

El reino en el que Vladimiro Korolenko domina soberano es el del sentimiento humano en contacto inmediato con la naturaleza. Ningun otro escritor ruso tal vez, ha sentido y reproducido tan profundamente en obras de arte la grandiosa y serena majestad de la naturaleza rusa y la influencia que ésta ejerce en las almas; la naturaleza rusa meridional junto a la rusa de la Siberia del norte.

"Como paisajista — ha escrito Aldanov — es heredero de Gogol, un predecesor directo de Bunin. Parecería difícil que se pudiese escribir algo nuevo sobre la naturaleza rusa después de lo dicho por Goncharof y Turguenef; Korolenko lo hizo de un modo completamente propio. Sabía ligar excelentemente la frase rítmica musical de los cuadros de Gogol con el método de separación y menudo relieve del detalle, al que da importancia exclusiva el novísimo arte ruso".

El primer período de la actividad artística de Korolenko, el llamado "período siberiano", es en el que esta capacidad logra sus más eficaces efectos.

"Cada uno de nosotros tiene en la vida su período preeminente", dice en un cuento. El período siberiano es verdaderamente eminente. "Sobre este período — escribió Lipovski — Korolenko nos ha dado el mayor número de cuentos, en los que, además del gran material autobiográfico, se siente más profunda y sincera la tristeza del escritor, su esfuerzo por penetrar el misterio de la naturaleza y también el del alma humana".

Es que Korolenko reconoce en la naturaleza algo de sorprendentemente consciente, o por lo menos en sus manifestaciones ve algo que armoniza con la vida humana. Este contacto de la naturaleza y del alma humana lo ha representado con tan calurosa emoción que es imposible no lo haya sentido él mismo como algo vivo. Recordamos sólo un pasaje del cuento "El eclipse", hacia el final. La pintura de la impresión del eclipse sobre los campesinos es insuperable. Los hombres invadidos por el temor son hostiles, sospechosos; el obscurecerse del sol hace creer que la vida está por extinguirse. Pero cuando éste reaparece, todo se borra de un trazo: "¡El sol brilló y nosotros fuimos hermanos de nuevo!"

El primero de los cuentos siberianos, *"El sueño de Makar"*, publicado en el número 3 de la revista "El pensamiento ruso" de 1885, tuvo un éxito magnífico en el público y en la crítica. ¿Por qué? No es el motivo del cuento lo que constituye su excelencia, puesto que aún embellecido, como muy bien lo hace notar un crítico ruso, por una especie de mitología elemental, es como el símbolo de una religión. La vida en la selva siberiana del pobre ruso que la miseria y los sufrimientos han reducido a un piadoso estado, sin privarlo por esto de la capacidad de soñar y de soñar en el sueño mismo de la muerte, como eterno reposo, mientras está constreñido a levantarse, aun después de la muerte, para encaminarse delante el gran "Toion" a confesar sus pecados y sus méritos (cuántas botellas de vodka ha bebido, cuántos árboles ha derribado, etc.), esta vida está descripta con tal seguridad, que hasta supera los cuentos de Rieschetnikov, que también es conocido en la historia literaria rusa moderna, como el ultra-realista, entre los realistas. Pero tampoco el realismo es lo que dió el éxito al *"Sueño de Makar"*. Los críticos rusos dicen que se debió a la "universalidad" del cuento. Difícil es decir en pocas palabras qué es lo que entienden con esta expresión: *"vseobscnost"*, pero fácil entender el sentido, recordando que el más entusiasta crítico del cuento fué Nicolaief, que era conocido por el odio a todo lo que pecase, aún lejanamente, de "liberalismo". Y la elocuencia del viejo Makar, que se rebela a la condena de servir como caballo y consigue hacer llorar al gran Toion hasta que la balanza de los méritos y los pecados se inclina a su favor, podrá barruntarse el liberalismo aun para juicios no tan severos com el de Nicolaief; a menos que también a éstos, como al gran juez Toion, no le hayan asomado las lágrimas a los ojos, leyendo las palabras con que Makar se defiende del robo de la leña: su mujer estaba muriendo, y a él, por el gran frío, el llanto se le helaba en los ojos. Pero es precisamente esta elocuencia la que no se clasifica, por más esfuerzos que se haga, lo que constituyó el éxito de Korolenko.

Al *"Sueño de Makar"* siguieron los *"Recuerdos de un turista en Siberia"*, publicados en 1885 en los primeros números del "Mensajero nórdico". El autor nos presenta algunos tipos curiosos de la vida siberiana, atrasados por lo menos en un siglo, comparados con la vida de la Rusia europea. Cada uno de estos esbozos merecería un examen, tan característicos son de la vida, del tiempo y de los lugares.

Pero un excesivo color romántico los hace pasar a segunda línea frente a los cuentos que siguieron y en los que las dos grandes virtudes de Korolenko, la piedad humana hacia las criaturas y la fuerza artística en la descripción, tienen su mayor relieve en *"Mala compañía"* y *"El músico ciego"*. Este último cuento es conocido por todo el mundo; el primero, en cambio, es bastante menos conocido, siendo tal vez la obra maestra de Korolenko. El motivo del cuento es muy simple. El héroe es un muchacho, hijo del juez, de una pequeña ciudad de la Rusia sudoccidental. El muchacho es Korolenko mismo: la belleza de las descripciones, la ternura que acompaña la pintura de los más delicados detalles, hablando claramente: toda el alma del artista, del poeta impregna el cuento; difícil resulta hallar descripción tan ardiente de la naturaleza, tan carnosa. Es verdaderamente una criatura viva, hecha de carne, esta naturaleza que Korolenko ha gozado de niño y ahora describe, ya artista maduro, con la pasión con que se abandona en los brazos de la amada. En esta visión de la naturaleza está encuadrada la piedad humana sin límites, y la naturaleza misma, la fría, despiadada e implacable naturaleza, tiene piedad... La acción se desenvuelve en un ambiente en el que solamente un corazón que ha amado mucho puede descubrir, según la expresión de Vengherof — indicios de conciencia humana — en una sociedad de ladrones, de mendigos y de otra gente perdida que tiene su cubil entre las ruinas de un viejo castillo, en una pequeña ciudad de la Volinia. Y, también de esta sociedad, el niño, caído accidentalmente, sale puro e intacto, tan viva es la llama de la bondad que arde dentro de los ojos consumidos por el llanto de la pequeña Marusia, de la inocente criatura eternamente triste.

Es uno de esos cuentos que una vez leídos no se olvidan más. Imposible no estar de acuerdo con el autor: los sufrimientos de la existencia son los que destruyen las injusticias.

En esta concepción de la vida se aproxima a Dostoievski, del que le distinguen tantas otras cosas y sobre todo la limpidez del espejo espiritual en el que se refleja el dolor y la comprensión indispensable de la vida humana: elementos que faltaban al autor de "Crimen y Castigo" para el que natura es siempre implacable, *despiadada* espectadora del dolor humano; repercutiendo éste en el alma del autor con apagadas y lúgubres resonancias, y reflejándose como un agua agitada en la que el encrespamiento de las ondas no permite distinguir el fondo. Empero, si la poesía de Korolenko es más límpida, en cambio, el pathos dominante es más debil. *"El murmullo de la selva"*, cuento en el que debiera predominar la trágica suerte de dos siervos de la gleba y no el error y la piedad que superan con tan delicada poesía el realismo del cuento.

En el fondo el asunto es banal; ¡pero con qué arte magnífico sabe darle forma de fábula al asesinato de un patrón malvado y al latrocinio de un siervo!

La revolución rusa y el bolchevismo reinante: su efecto descripto e interpretado por Emma Goldman

My disillusionment in Russia by Emma Goldman (New York, Doubleday, Page et Co, 1923, XXII, 240 pags.
My further disillusionment in Russia ... (id. 1924, 178 pags.)

(Continuación)

Esa situación no dejó de crear una crueldad y una insensibilidad moral terribles. La consigna viene de lo alto: ¡nada de sentimentalidad! — eso ahoga, ridiculiza todo acto de piedad, de ayuda mutua, de solidaridad. En los labios de todos esos hombres crueles está la frase: *estamos en revolución* — frase que los exime de todo sentimiento y acción humana, según su opinión. Emma Goldman muestra cómo todo eso no es más que jesuitismo disfrazado con locuciones socialistas o comunistas — de comunismo, por lo demás, no se trata, cuando hay 33 grados de paga diversa y una manera de vivir absolutamente separada entre los gobernantes y los gobernados. Los obreros saben todo eso y que su esfuerzo y esperanza de 1917 han sido frustrados; es al mismo tiempo triste y cómico leer que una vez, para estimular a los obreros a trabajar, se dió desde arriba la orden a los obreros *llegados* de trabajar ellos también, — hubo quién se hacía llevar a la fábrica en su automóvil.... pero bien pronto esa farsa terminó, porque los obreros mostraron mala cara a esos trabajadores de lujo que condescendían a mostrarles cómo era preciso deslomarse, — ellos podían hacerlo algunos días, bien nutridos como estaban.

Ese sistema posee también almácigos para criar una casta de *élite;* son ciertas casas de educación — que hacen la función de las casas para los cadetes de los Estados habituales — donde son educados los *Kursanti*, jóvenes y muchachas para las funciones militares y civiles; se les empleó para combatir la comuna de Cronstadt.

Varios de los interlocutores de Emma Goldman observan con justicia — según mi opinión — que la revolución de 1917 se hizo sin una resistencia seria de la burguesía que por las expropiaciones de las fábricas y de la tierra, por la negativa colectiva a trabajar para ella, fué privada del control de la vida social. Al mismo tiempo en Rusia, desde hace un siglo, la lucha por la emancipación tuvo siempre el apoyo de una gran parte de la intelligentzia (los intelectuales, que son los escolares y estudiantes, todos más o menos avanzados, de una generación anterior). Era un derroche de fuerzas intelectuales preciosas y una crueldad mezquina el poner todos esos hombres y mujeres y sus familias, si no estaban inscriptos en el partido o no eran favorecidos de otro modo — absolutamente frente a la nada, en una posición de mendigos perseguidos y despreciados. Cuando se tuvo necesidad de sus conocimientos técnicos se les admitió de nuevo, pero sobre todo en posiciones desde las cuales mandan a los obreros, de suerte que entre ellos y los obreros la hostilidad está condenada a ser permanente. Si Sinovieff llega a Kief y ve que los burgueses en esa ciudad, generalmente mejor alimentada que las ciudades hambrientas del norte, tienen demasiado buen aspecto, se hace un suplemento de persecuciones, pero en lugar de: *ni castillos ni chozas*, no se llega más que a las chozas para todos. Se requisa continuamente lo que algunas personas poseen aún de objetos preciosos, pero todo eso desaparece; no se vuelve a saber lo que sucede con ello. Por le contrario, existen hombres muy ricos, burgueses auténticos, que viven cómodamente y que están inmunes. Todo el mundo está forzado a hacer tales o cuales negocios, puesto que nadie puede subsistir con lo que gana oficialmente o con lo que recibe como ración. Cuando se restableció el comercio (NEP), reaparecieron inmediatamente las confiterías de lujo y otras cosas parecidas. La vida social está destruída; el solo lugar de reunión es el teatro y el museo, sobre todo el teatro, el baile, que no producen nada nuevo, pero que alejan a los espectadores de la miseria que les rodea.

He ahí algunos rasgos resumidos entre los numerosos extractos y comparaciones de la vida de 1920 y 1921 en Rusia que Emma Goldman nos presenta. Esboza también un gran número de personalidades conocidas, en primer lugar Pedro Kropotkin, que explica las causas de su silencio; levanta un poco el velo de la gran tragedia de sus últimos años y relata las dificultades que hubo para su entierro. Se nos ha hecho creer en un gesto generoso de los bolchevistas al libertar a los presos anarquistas para seguir el convoy; Emma Golman narra en qué grado mezquino y con qué vicisitudes odiosas sucedió todo eso en realidad.

Da una descripción encantadora del viejo escritor Korolenko a quien visitó en Poltava, Ukrania. Korolenko escribió entonces cartas a Lunatcharsky, el comisario ed instrucción pública (hombre de buena voluntad, pero impedido por las circunstancias aflictivas generales para realizar lo que se propone hacer), a pedido de éste. La esencia de su opinión, según Emma Goldman (I, 203-4) es también el resumen de todo juicio imparcial sobre el bolchevismo y traduzco estas palabras memorables:

"He dicho allí que si los gendarmes del zar hubiesen tenido el poder no sólo de arrestarnos, sino también de fusilarnos, la situación habría sido semejante a la situación presente (Es decir, que la tcheka arresta y fusila a la vez). Korolenko, viejo y débil como estaba, sabía algo de eso; pasaba la mayor parte de su tiempo en la tchèka local tratando de salvar la vida de los condenados inocentes; el presidente de la tcheka de Poltava "era un hombre sin misericordia y cruel; su única solución de un problema difícil era fusilar"; pero se comportó muy graciosamente para con la expedición del museo, I, 204-5). Es lo que ocurre — continúa Korolenko — todos los días ante mis ojos. Los bolchevistas sostienen que tales métodos son inseparables de la revolución. Pero no puedo nunca estar de acuerdo con ellos en que las persecuciones y ejecuciones constantes servirán el interés del pueblo o de la revolución. Según mi concepción, la revolución equivale a la expresión suprema de la humanidad y de la justicia. En la Rusia presente faltan la humanidad y la justicia. En un momento en que la expresión y la cooperación más completas de todas las fuerzas intelectuales y morales son necesarias para reconstruir el país, ha sido aplicada a todo el pueblo una mordaza. Atreverse solamente a poner en tela de juicio la sabiduría y la eficacia de la llamada dictadura del proletariado o de los jefes del partido comunista, es considerado un crimen. Carecemos de las cosas esenciales más simples de la esencia real de una revolución social, y sin embargo pretendemos habernos colocado a la cabeza de una revolución mundial. La pobre Rusia tendrá que pagar caramente ese experimento. Hasta puede retardar por mucho tiempo cambios fundamentales en otros países. La burguesía tendrá un medio para defender sus métodos reaccionarios mostrando lo que ocurrió en Rusia".

Si Korolenko encuentra pensamientos y acciones de corazón. Máximo Gorky es presentado frío, indiferente, de una apatía enigmática que exige aun que sea ex-

---

Hablar con el corazón frío de *El Músico Ciego* es imposible. El mejor homenaje que podamos tributar a la memoria de su autor es releer este cuento que él mismo definía como "el paso de un alma hacia la luz", renunciando a toda crítica, para poder así sentir en carne propia y con pleno abandono del espíritu, los sufrimientos del que no vé; pero está animado de un ardiente deseo de abrir los ojos al sol que no ha conocido y cuyo calor le hace temblar todavía de gozo. ¿Puede pedirse una mayor glorificación al sol que este tenaz anhelo del que nunca lo ha visto?

E. LO GATTO

plicada. Varias mujeres nos son presentadas a menudo, una de ellas Angélica Balavanoff, es una personalidad patética: bolchevista por convicciones de partido inquebrantables, ha permanecido al mismo tiempo una mujer de corazón y de sentimiento, humana y socorredora. Ve el mal que siembra su partido a manos llenas y trata de ayudar, de salvar las víctimas que están a su alcance. Después si no me engaño, fué expulsada del partido. Nos encontramos también con Alejandra Kollontay, portavoz de una oposición obrera de ideas sociales muy justas; ésta permitió que se la elimine suavemente: es ahora ministro sovietista en Noruega.

Pero sobre todo vemos la obra de Néstor Machno resaltar claramente de varios relatos de los que emana su valiente campaña. Sin entrar en ningún detalle, no quisiera hacer resaltar más que esta idea ulterior de Machno — de tomar posesión de un pequeño territorio en Ukrania y de establecer allí una colonia libre (I, 238). El mismo, anarquista convencido, no deseaba nada mejor que desarrollar y organizar las tendencias anarquistas latentes de los campesinos ukranianos, es decir sus sentimientos naturales antiestatistas y solidaristas y cooperadores entre sí. Desde que ocupaba un territorio, llamaba a los anarquistas y a los socialistas revolucionarios de la izquierda y les dejaba en libertad completa para el trabajo educativo, pues él mismo estaba absorbido por la defensa militar constante contra sus dos enemigos mortales, los blancos y los bolchevistas. Dijo, pues, a los camaradas: Yo soy militar y no tengo tiempo para la obra de educación. Pero vosotros, que escribís y que hablais, podéis realizar esa labor. Trabajemos juntos y juntos preparemos el terreno para un verdadero experimento anarquista. (I, 103-4). He aquí una de las nuevas formas de la verdadera revolución social; no es de un modo muy diferente como, en la edad media, en pleno feudalismo, los campesinos del centro de la Suiza, presente han sabido conquistarse una independencia que persiste aún, y en Méjico, hace quince años, no se hizo de otro modo: *la libertad que se da no vale mucho, sólo vale la libertad que se toma y que se sabe defender.*

Cometería una injusticia con el magnífico epílogo del libro de Emma Goldman si tratase de resumirlo. Son algunas páginas caramente compradas por medio de sufrimientos enormes de víctimas y se obraría con una ligereza perniciosa si no se examinaran más seriamente esas conclusiones. Algunas líneas del libro resumen todo *in nuce*... "La tendencia inherente del Estado es concentrar, restringir, monopolizar todas las actividades sociales; la naturaleza de la revolución es, al contrario, crecer, ampliarse y diseminarse en círculos que se ensanchan contínuamente. En otras palabras, el Estado es institucional y estático; la revolución es fluyente y dinámica. La idea del Estado mató la revolución rusa y debe tener el mismo resultado en todas las otras revoluciones si no prevalece la idea libertaria" (II, 169). Pero eso no es todo, y la autora combate la idea jesuítica de que el *fin* justifica los *medios*: llega a la conclusión de que medios y fin son inseparables, siendo diversas etapas de una sola evolución hacia un fin ideal y que, si los medios son malos, el fin fatalmente se oscurece, se corrompe y se degrada igualmente". Ninguna revolución podrá triunfar jamás como factor de liberación si los medios no son idénticos en espíritu y en tendencia con el fin propuesto" (II,175)... Esta idea es digna de la más seria atención de nuestra parte y ante todo es preciso conocer los argumentos de la autora, a quien remito a los lectores. Es una grave cuestión que — si es necesario insistir aún en ella — no implica ningún llamado a la moderación, sino un llamado al razonamiento, al buen sentido y a la investigación seria de lo que se hará. Es fácil decir: *no se hace una tortilla sin cascar los huevos* —; claro está; pero es que por azar, al cascar los huevos ¿se produce ya infaliblemente una tortilla? Se produce la ruptura, pero se está aún bastante lejos de la tortilla, y eso es lo que no se quiere ver desde muy cerca. Luigi Fabbri en su artículo sobre algunas tendencias autoritarias en el anarquismo (*Pensiero e Volontà*, 24, 15 diciembre, 1924) ha puesto últimamente el dedo en las partes débiles semejantes de algunos de nuestros razonamientos por el estilo. Ojalá todo esto pueda reanimar el espíritu crítico y la investigación nueva que duermen a veces demasiado!

El libro de Emma Goldman es, pues, en mi opinión, no sólo abundante en impresiones directas y vivas, sino que promueve una multitud de problemas, puesto que nos pone en contacto con la vida real de un país: tales libros nos hacen mucha falta. Harían falta libros semejantes para cada país, para cada gran ciudad, para cada gran grupo de productores a través de las fronteras de los países. ¡Cuánto nos queda por observar, por conocer de la verdadera vida, de la de los nuestros y de la de nuestros enemigos y de las mil tendencias abiertas y latentes, esfuerzos aislados o coordinados por todas partes! Sobre todo eso deberemos dirigir nuestra acción contínua e infinitamente diversa. El cascar los huevos no es el primer paso hacia la tortilla, que no se producirá por el Estado, pero tampoco, con probabilidad, por esa espontaneidad absoluta que produce la formación de cristales en un líquido que posee un grado exacto y definida de saturación química. Es preciso saber hacer, y para saber hay que aprender, experimentar, ensayar...

He ahí, pues, un buen libro que disipará las últimas dudas sobre el valor, menos que negativo, verdaderamente funesto, de los usurpadores bolchevistas.

Max Nettlau

26 de diciembre de 1924.

(*Continuará*)

PAGINAS VIEJAS

La cuestión social ante la ciencia

III

Hoy nos toca desarrollar la siguiente *PROPOSICION. — La actual organización del capital es incompatible con la justa noción del trabajo.*

En efecto, el trabajo es el esfuerzo del productor con objeto de desarrollar utilidad; la condición indispensable, pues, para que un esfuerzo individual merezca el honroso apellido de trabajo, es que su resultado sea positivo, así en el terreno material como en el intelectual: aquel que emplea sus fuerzas en matar a sus semejantes, sin saber por qué, en el campo de batalla, verifica un esfuerzo muscular cuyo resultado es negativo, y por lo tanto no merece el nombre de trabajo, como no lo merece tampoco el esfuerzo intelectual empleado por el sacerdote cuyo único objeto se reduce a envenenar y desorganizar el cerebro de los infelices que caen bajo la férula de su nociva influencia. En cambio es trabajo el esfuerzo cuyo resultado es la elaboración de producción o una producción intelectual, artística, científica o literaria.

El capital a su vez se impone: debe ser la consecuencia, el corolario del trabajo; sin aquél, éste pierde todo atractivo. Si la sociedad fuese perfecta, y el hombre desprovisto de pasiones, el desideratum de los que aspiramos a la fraternidad universal sería la trasformación de la humanidad en una sociedad espartana sentada alrededor de extensas mesas a lo Licurgo y regidas por un poder regulador constantemente igualitario; entonces tendría razón de ser el comunismo autoritario. Pero como sea que no nos dejamos llevar por la pasión, para no caer en nefandas utopías, empezamos por tener en cuenta los hechos contrarios a nuestras aspiraciones, a fin de que nuestras conclusiones, a la vez que revolucionarias, sean justas, lógicas, y nos lleven a resultados posibles. Comprendemos que el labrador que sacara la misma utilidad trabajando seis horas o dos, optaría por las últimas, y que el inventor cuyo cerebro se hubiese fatigado por espacio de diez años para realizar un adelanto industrial, no se prestaría a empezar de nuevo su árdua tarea, si la recompensa no hubiera de correr pareja con su desvelo.

Así, pues, el capital científicamente considerado, no constituye un concepto esencialmente distinto del trabajo; del mismo modo que la vibración eléctrica se transforma en lumínica, así el trabajo, una vez realizado, se presenta bajo forma tangible, como transformación, como utilidad, como resultado de aquél, con el nombre de *capital*.

En la actual sociedad, lejos de seguir esta marcha tan justa como lógica, vemos a los hombres invertir con el mayor cinismo el orden natural de ambos equivalentes, haciendo del trabajo un súbdito incondicional y sumiso del capital. Este constituye hoy el abuso más escandaloso; todo lo avasalla, presentándose, ora como propiedad territorial, ora como dinero, ora como posesión industrial y urbana. No se le considera como resultado del trabajo, sino como su tirano, hasta el punto de hacer inutilizar a aquél cuando le place.

Con respecto a la ciencia, le ocurre a la organización capitalista lo que a los problemas algebráicos cuyos datos son incompatibles; las soluciones que resultan se burlan del enunciado, y lo hacen con esa risa sardónica y contundente del álgebra.

Demos un ejemplo para fijar las ideas: Dos andarines salen de Valencia y Tarragona en dirección a Francia, a un mismo tiempo y con distintas velocidades, ¿a qué distancia de Valencia se encontrarán? Llamando a la distancia entre Tarragona y Valencia, V y V' a las velocidades respectivas y X a la distancia pedida, la solución se nos presenta bajo la forma

$$X = \frac{av}{v-v'}$$

Si v es mayor que v' el resultado es positivo; el caso contrario, negativo; y se comprende, porque teniendo que alcanzar al de Tarragona el andarín de Valencia, es ridículo suponer que éste ande menos que aquél.

Pues lo mismo, absolutamente lo mismo con el problema social ante la ciencia. Esta no deja de dar sus soluciones y seguir imperturbable su majestuosa marcha, realizando progresos y haciendo producir a las fuerzas de la naturaleza más caballos de vapor que los que puede desarrollar la actividad de la humanidad entera. Pero como los datos del enunciado son absurdos, el resultado es negativo, pues resulta la sociedad más miserable y falta de utilidad a medida que los adelantos se verifican.

Así como en el problema de los andarines se resuelve la dificultad cambiando la intensidad de los signos, así en el problema de la cuestión social, cambiando dichos signos para la solución de negativa a positiva; pero este cambio indica que hemos de reponer el trabajo en sus funciones de regulador y moderador del capital, y a éste en las de resultado de aquél.

Que es lo que tratábamos de demostrar.

Pasemos a la última

IV

PROPOSICION. — Las religiones son incompatibles con la razón.

Desde el punto de vista social y utilitario, hemos de considerar al culto interior con sus pomposas manifestaciones; desde los puntos de vista científico y filosófico, atacaremos los fundamentos de toda religión.

No nos entretendremos en combatir tal o cual teogonía, ya que para nuestro objeto no tienen importancia sus innumerables diferencias; sólo nos fijaremos en lo esencial, esto es, en la influencia que ejercen sobre la sociedad y en los cimientos que las sustentan.

Lo primero que salta a la vista es el culto, o sea el conjunto de actos exteriores relativos a la adoración de la corte celestial. Lo lógico, lo razonable, aún admitiendo que lógico fuera el dogma religioso, sería que cada cual realizara sus actos exteriores sin necesidad de intermediarios; y sin embargo, los rishis de la India, los magos en Caldea, los profetas de Israel, los oráculos en Delfos, las vestales en Roma, los druídas en las Galias, las legiones sacerdotales en todas partes, se han encargado de servirnos de correo entre la tierra y el cielo. Según la definición del trabajo, explicada en nuestro anterior artículo, se deduce

que los tales intermediarios nada producen, y por ende, nada les corresponde de capital; sin embargo, siempre han sido, y siguen siendo, sus principales detentadores. Las castas sacerdotales han sido generalmente las que han dominado, viéndose muchas veces acumulados en sus manos el poder temporal y el espiritual. Desde el punto de vista sociológico, nos encontramos, pues, con una infinidad de individuos que explotan, consumen, acaparan y nada producen.

Si del terreno de la práctica pasamos al de la teoría, vemos que todas las religiones, sin excepción alguna, descansan en un mismo hecho: la creación de la materia por uno o varios seres superiores y distintos a ella, según sea la religión monoteísta o politeísta. La razón, a su vez, divorciada de la fe, por prescindir ésta de la ciencia, no puede admitir más principios que los verdaderamente científicos; y estos, a medida que su número ha ido aumentando, no han dejado un momento de derrumbar los ídolos que sostenía el pedestal de la ignorancia. En cuanto al concepto de la creación, último baluarte del principio religioso, no puede resistir tampoco a la lógica filosófica, ni a la ciencia: a la primera, porque siendo infinito el tiempo, no se comprende que el ser o los seres creadores hubieran tardado tantos trillones de siglos en crear la materia, si ésta creación era útil; y si era inútil y perjudicial, no se comprende que la hayan creado tarde ni temprano. En cuanto a la ciencia, nos dice lisa y llanamente que nada se crea, nada se pierde y que lo único que puede haber y han en el universo, es una serie no interrumpida de transformaciones. Tanto es así, que la única escuela deísta que no prescinde en absoluto de la filosofía, la escuela espiritista, no puede menos de romper con todas las religiones y declarar a la materia eterna, aunque lo hace con la salvedad de que es coeterna con la causa sobrenatural.

Vemos, pues, que así en el terreno de la sociología, como en el de la filosofía y de la ciencia, la razón y el principio religioso nos conducen a resultados diametralmente opuestos. — Luego son incompatibles.

Que es lo que queríamos demostrar.

F. TARRIDA DEL MARMOL

(De *Acracia*, Barcelona, 1886)

LIBROS PUBLICADOS
POR LA
EDITORIAL LA PROTESTA

La Revolución Social en Francia, por Miguel Bakunin—Un tomo de 336 págs. En rústica, $ 1.50, en tela $ 3.50.—

Temas Subversivos, por Sebastián Faure—Un tomo de 310 págs. Próximamente segunda edición

Los anarquistas (Estudio y réplica), por C. Lombroso y R. Mella. Un tomo de 170 págs., $ 1.00

Mi Comunismo, por Sebastián Faure. Un tomo de 440 págs. En rústica, $ 2.00 — Encuadernado en tela, $ 3.50.—

Conferencias, tomo I: El Estado, su rol histórico, El Estado moderno, por P. Kropotkine. Un tomo de 150 págs. Rústica, $ 0.50. Encuadernación tela, $ 1.50 —

Cartas a una mujer sobre la anarquía, por Luis Fabbri. En rústica, $ 0.50— en tela $ 1.50.—

La Ukrania revolucionaria, por A. Souchy — $ 0.30

LA PROTESTA

SUSCRIPCION MENSUAL, DIARIO Y SUPLEMENTO, $ 2.— m|n.

SUPLEMENTO SOLAMENTE, $ 5.—

POR AÑO — PAGO ADELANTADO